

# LA CELOSA DE SÍ MISMA

Tirso de Molina

Este texto electrónico fue preparado por Vern Williamsen en 2001. Se basa en el texto de *DOCE COMEDIAS NUEVAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA, PRIMERA PARTE*, (Sevilla: Francisco de Lyra, 1627) que ha sido cotejado con la edición de don Juan Eugenio Hartzenbusch (*COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA, BAE 5, 1858*).

Personas que hablan en ella:

- Doña MAGDALENA
- Don MELCHOR
- Doña ÁNGELA
- Don ALONSO, viejo
- Don JERÓNIMO
- Don SEBASTIÁN
- Don LUIS
- VENTURA, lacayo
- QUIÑONES, dueña
- SANTILLANA, escudero
- CRIADOS

## ACTO PRIMERO

*Salen don MELCHOR y VENTURA, de camino*

MELCHOR: Bello lugar es Madrid.  
¡Qué agradable confusión!

VENTURA: No lo era menos León.

MELCHOR: ¿Cuándo?

VENTURA: En los tiempos del Cid.  
Ya todo lo nuevo aplice  
a toda España se lleva  
tras sí.

MELCHOR: Su buen gusto aprueba  
quien de ella se satisface.  
¡Bizarras casas!

VENTURA: Retozan  
los ojos del más galán;  
que en Madrid, sin ser Jordán,  
las mas viejas se remozan.  
Casa hay aquí, si se aliña  
y el dinero la trabuca,  
que anocheciendo caduca,

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-RP

C1  
caja 79

20/06/2012

Wdrs 1306745

sale a la mañana niña.  
 Pícaro entra aquí mas roto  
 que tostador de castañas,  
 que fiado en las hazañas  
 del dinero, su piloto,  
 le muda la ropería  
 donde hijo pródigo vino  
 en un conde palatino,  
 tan presto que es tropelía.  
 Dama hay aquí, si reparas  
 en gracias del solimán,  
 a quien en un hora dan  
 sus salserillas diez caras.  
 Como se vive de prisa  
 no te has de espantar si vieres  
 metamorfosar mujeres,  
 casas y ropas.

MELCHOR: A misa  
 vamos, y déjate de eso.

*Mirando al fondo*

VENTURA: ¡Brava calle!  
 Es la Mayor  
 donde se vende el amor  
 a varas, medida y peso.

MELCHOR: Como yo nunca salí  
 de León, lugar tan corto,  
 quedo en este mar absorto.

VENTURA: ¿Mar dices? Llámale así;  
 que ese apellido le da  
 quien se atreve a navegalle,  
 y advierte que es esta calle  
 la canal de Bahamá.  
 Cada tienda es la Bermuda;  
 cada mercader inglés  
 pechelingue u holandés,  
 que a todo bajel desnuda.  
 Cada manto es un escollo.  
 Dios te libre de que encalle  
 la bolsa por esta calle.

MELCHOR: Anda, necio.

VENTURA: Vienes pollo;  
 y temo, aunque más presumas,  
 que te pelen ocasiones;  
 que aun gallos con espolones  
 salen sin cresta ni plumas.

MELCHOR: Si yo me vengo a casar  
 con sesenta mil ducados,  
 y soy pobre, ¿en qué cuidados  
 me ha de poner este mar?

VENTURA: ¿Traigo yo muchos?  
 Doscientos,  
 si no ducados, escudos,  
 que de malicias desnudos,  
 ignoran encantamentos.  
 Librólos la corta hacienda  
 de señor, para tu costa,  
 y aquí correrán la posta

si no les tiras la rienda.  
 ¿Piensas que sin ocasión  
 traen cordones los bolsillos?  
 Pues para poder regillos,  
 advierte que riendas son,  
 que tira el considerado,  
 temeroso de chocar;  
 porque no hay mayor azar  
 que un bolsillo desbocado.

MELCHOR: Oigamos agora misa,  
 que es fiesta, y déjate de eso  
 pues no soy yo tan sin seso  
 como tú.

VENTURA: ¡Cáusasme risa!  
 ¿Qué va que antes que a tu suegro  
 --llamo así al que lo ha de ser--  
 veas, tienes de caer  
 en la red de un manto negro?

MELCHOR: Anda, que estás ya pesado.  
 ¿Qué iglesia es ésta?

VENTURA: Se llama  
 La Vitoria, y toda dama  
 de silla, coche y estrado,  
 la cursa.

MELCHOR: ¡Bravas personas  
 entran!

VENTURA: Todos son galanes,  
 espolines, gorgoranes,  
 y mazas de aquestas monas.

MELCHOR: Vamos, que es tarde y deseo  
 ya conocer a mi esposa;  
 que dicen que es muy hermosa.

VENTURA: ¿Cuándo has visto tú oro feo?  
 Con seiscientos mil ducados  
 de dote, ¿qué Elena en Grecia,  
 y en Italia qué Lucrecia  
 se la compara?

MELCHOR: Cuidados  
 diferentes han de darme  
 motivo de ser su esposo;  
 que aunque el dinero es hermoso,  
 yo no tengo de casarme,  
 si no fuere con belleza  
 y virtud. Esto es notorio.

VENTURA: Entra, que un fraile vitorio  
 allí el introito empieza.

MELCHOR: ¡Oh Madrid, hermoso abismo  
 de hermosura y de valor!

VENTURA: ¡Oh misa de cazador!  
 ¿Quién te topara en guarismo?

*Vanse los dos. Salen don JERÓNIMO y don  
 SEBASTIÁN*

JERÓNIMO: Vivimos en una casa,  
 y así está puesta en razón  
 nuestra comunicación.

SEBASTIÁN: Como tan presto se pasa  
 el tiempo en Madrid, no da



lugar aun de conocerse  
los vecinos, ni poderse  
hablar.

JERÓNIMO:            Disculpado está  
                          nuestro descuido; que aquí  
En una casa tal vez  
suelen vivir ocho y diez  
vecinos, como yo vi,  
                          y pasarse todo un año  
sin hablarse, ni saber  
unos de otros.

SEBASTIÁN:           Yo fui ayer  
--escuchad un cuento extraño--  
                          en busca de cierto amigo  
aposentado en la plaza,  
ésa que el aire embaraza,  
de su soberbia testigo,  
                          usurpando a su elemento  
el lugar con edificios,  
de esta Babilonia indicios,  
pues hurtan la esfera al viento.  
Pregunté en la tienda, "¿Aquí  
vive don Juan de Bastida?"  
Y dicen, "No vi en mi vida  
tal hombre." Al cuarto subí  
                          primero, y con una boda  
vi una sala que, entre fiestas,  
de hombres, y damas compuestas  
estaba ocupada toda.  
Pregunté por mi don Juan,  
y díjome un gentilhombre,  
"No hay ninguno de ese nombre  
en cuantos en casa están."  
Llegué al segundo, trasunto  
del llanto y de la tristeza,  
y de una enlutada pieza  
vi cargar con un difunto.  
Al son de responso y llantos  
que a dos viejas escuché,  
por mi don Juan pregunté.  
Respondióme uno entre tantos,  
"No sé que tal hombre viva  
en esta casa, señor."  
Subí, huyendo del dolor  
funesto, al de mas arriba,  
                          y hallé una mujer de parto,  
dando gritos la parida,  
y a don Juan de la Bastida  
plácemes, que en aquel cuarto  
                          había un año que vivía  
con hijos y con mujer;  
de modo que llegué a ver  
en una casa, en un día,  
                          bodas, entierros y partos,  
llantos, risas, lutos, galas  
en tres inmediatas salas,  
y otros tres continuos cuartos,  
                          sin que unos de otros supiesen,  
ni dentro una habitación,  
les diese esta confusión

lugar que se conociesen.

JERONIMO: Está una pared aquí  
de la otra más distante,  
que Valladolid de Gante.

SEBASTIÁN: Bien podéis decirlo así  
pero ¿con qué pretensiones  
venís a nuestro Babel?

JERÓNIMO: No más que vivir en él,  
y gozar sus ocasiones.  
Tengo un padre perulero,  
que de gobiernos cansado,  
treguas ofrece al cuidado,  
y empleos a su dinero.  
Ciento y cincuenta mil pesos  
trae aquí con que casar  
una hija, en quien lograr  
intereses y sucesos  
que en Indias le hicieron rico.  
La mitad me cabe de ellos.

SEBASTIÁN: ¡Bello dinero!

JERÓNIMO: Y más bellos  
los gustos a que le aplico  
que es de Madrid la hermosura.

SEBASTIÁN: A todos tenéis acción.

JERÓNIMO: Esperamos de León  
un deudo con quien procura  
casar mi padre a mi hermana,  
que maridos cortesanos  
son traviosos y livianos.

SEBASTIÁN: Elección cuerda y anciana.

JERÓNIMO: Y vos, ¿qué hacéis en la corte?

SEBASTIÁN: Un hábito he pretendido,  
que ya medio conseguido,  
temo que el plazo me acorte,  
por lo que me ha de pesar  
el dejar esta grandeza;  
que es común naturaleza  
del mundo aqieste lugar.

Hele habitado tres años;  
seis mil ducados de renta  
como, tomándome cuenta  
de toda amores y engaños.

Tengo también una hermana,  
que por no hallarse sin mí,  
ha un año que asiste aquí.

JERÓNIMO: ¿Y es su patria?

SEBASTIÁN: Sevillana,  
y en belleza y discreción  
Vénus del Andalucía.  
Y a no ser hermana mía  
y extraña en su presunción,

os la pudiera alabar  
por sol de la patria nuestra.

JERÓNIMO: Basta ser hermana vuestra.

SEBASTIÁN: Sí, pero es nunca acabar  
si os cuento en lo que se estima.  
De todos hace desprecio;  
el mas Salomón es necio  
si a pretenderla se anima;

Tersites el más galán,  
Lázaro pobre el más Creso,  
y el más noble, hombre sin seso.  
No quiere venir de Adán,  
porque dice que no pudo  
progenitor suyo ser  
quien delante su mujer  
se atrevía a andar desnudo.

JERÓNIMO:           ¡Humor singular, por Dios,  
y digno por su camino  
de estima!

SEBASTIÁN:           Nuestro vecino  
sois, y de una edad los dos.  
Como nos comuniquemos,  
daréis a la admiración,  
como a la risa, ocasión  
de celebrar sus extremos.

JERÓNIMO:           Yo y mi casa hemos de estar  
desde hoy al servicio vuestro.

SEBASTIÁN:           Con la voluntad que os nuestro,  
me habéis siempre de mandar.

Pero ya de misa salen.  
Pasad la lengua a los ojos,  
si en hechiceros despojos  
cuerdas resistencias valen  
contra vitoriosas llamas.

JERÓNIMO:           Es esta iglesia una gloria  
de belleza.

SEBASTIÁN:           Y la Vitoria  
la parroquia de las damas.

***Vanse los dos. Salen don MELCHOR y VENTURA***

MELCHOR:           ¿No has oído misa tú?

VENTURA:           ¿Soy yo turco? Siendo hoy fiesta,  
¿Sin misa había de quedarme?

MELCHOR:           ¿Dónde la viste?

VENTURA:           A la puerta

de esta devota capilla  
de la Soledad, y en ella  
a un fraile, que esgrimidor,  
juntó el pomo a la contera.  
¡En qué santiamén la dijo!  
¡Oh, quién hacerle pudiera  
secretario de la cifra,  
o capellan de estafetas!

Entraste tú hasta las gradas,  
al olor de la belleza  
de damas, tus gomecillos,  
que como ciego te llevan;  
mas yo que huyo de apreturas,  
quedéme a la popa de ellas,  
que es rancho de los Guzmanes  
en naves, coches e iglesias.

MELCHOR:           ¡Ay, Venturilla, cuál salgo!

VENTURA:           Saldrás con el alma llena  
de devoción de esta imágen,  
que entenece su tristeza.  
Es de las mas celebradas



de la corte.

MELCHOR:                                ¡Ojalá fuera  
divina mi devoción,  
y la imagen causa de ella!  
Devoto salgo, Ventura;  
pero a lo humano. ¡Ay, qué bella  
imagen vi! si es imagen  
quien a sí se representa.  
¡Ay si de la Soledad  
esta hermosa imagen fuera,  
y no de la compañía,  
porque ninguna tuviera!

VENTURA:                            ¡Al primer tapón zurrapas!  
¡Perdido a la primer treta!  
¡En tierra al primero golpe,  
y al primer lance babera!  
¿Mas que has visto alguna cara  
margenada de guedejas,  
que el solimán albañil  
hizo blanca siendo negra;  
manto soplón, con mas puntas  
que grada de recoletas,  
de aquella castaña erizo,  
y archeros de aquella alteza,  
que al descuido cuidadosa,  
al viento de la veleta,  
o abanico, te enseñaba  
por brújula la cabeza?  
Sería peli-azabache  
la prohijada cabellera,  
puesta, como defensivo  
encima de la mollera;  
toca y valona azulada,  
banda que el pecho atraviesa,  
vueltas y guantes de achiote,  
guantes de pita, y firmeza,  
escapulario y basquiña  
de peñasco, a la frailega,  
chapín con vira de plata,  
crugiendo a ropa de seda,  
la camándula en la mano.

MELCHOR:                            Ventura, palabras deja  
aplicadas a tu humor,  
y en esa mano te queda,  
que es la que he visto no más.  
¡Ay qué mano! ¡Qué belleza!  
¡Qué blancura! ¡Qué donaire!  
¡Qué hoyuelos! ¡Qué tez! #161;Qué venas!  
¡Ay qué dedos tan hermosos!

VENTURA:                            ¡Ay qué uñas aguileñas!  
¡Ay qué bello **rapio, apis!**  
¡Ay qué garras monederas!  
¡Ay qué tonto moscatel!  
¡Ay qué bobuna leonesa!  
Y ¡Ay qué bolsillo precito,  
si mi Dios no lo remedia!

MELCHOR:                            ¿Que no la viste la cara?  
¿De qué suerte pude verla,  
si me embarazó los ojos  
aquella blancura tierna,

aquel cristal animado,  
aquel...

VENTURA: Di candor, si intentas  
jerigonzar critiquicios;  
di que brillaba en estrellas,  
que emulaba resplandores,  
que circulaba en esferas,  
que atesoraba diamantes,  
que bostezaba azucenas.  
¿De una mano te enamoras,  
por el sebo portuguesa,  
dulce por la virgen miel,  
y amarga por las almendras,  
sin un adarme de cara,  
sin ver un ojo, una ceja,  
un asomo de nariz,  
una pestaña siquiera?  
¡Jesús, qué bisoñería!

MELCHOR: Necio, si probar deseas  
mi cólera, di dislates.

VENTURA: ¿Ya estás en la corredera?  
Prosigue.

MELCHOR: Una mano hermosa,  
blanca, poblada y perfeta,  
que tiene acciones por almas  
y tiene dedos por lenguas.  
Hará enamorar un mármol;  
y la que yo vi pudiera  
menospreciar voluntades,  
descorteses por exentas.  
Cúpome, al oír la misa,  
su lado; y cuando la empiezan,  
quitó la funda al cristal,  
y en la distancia pequeña  
que hay desde el guante a la frente  
vi jazmines, vi mosquetas,  
vi alabastros, vi diamantes,  
vi, al fin, nieve en fuego envuelta.  
Tenía hasta el pecho el manto  
y santiguóse cubierta.  
Pudo ser de verme así  
transformado en su belleza.  
Volvió en ocasos de ámbar  
segunda vez a esconderla,  
hasta que en pie al evangelio  
amaneció aurora fresca.  
Santiguóse al comenzarle,  
y al darle fin encarcela  
hasta el **Sanctus**, que desnuda  
da aldabadas a la puerta  
del pecho, llamando al alma,  
que deseosa de verla,  
debió penetrar cartones,  
pues corazones penetra.  
Duró esta vez el gozarla  
sin la prisión avarienta,  
hasta consumir el cáliz.  
¡Ay Dios, si mil siglos fueran!  
Volvió a ponérseme el sol  
hasta que acabando, empiezan



el evangelio postrero,  
siendo también la postrera  
liberalidad feliz  
que hizo a mi vista, ciega  
con la oscura privación  
de su cándida pureza.

VENTURA: A tragos te la sorbiste,  
si no es que contigo juega  
al escondite, esa mano,  
¿Hay más de eso?

MELCHOR: Oye, y espera.  
Estaba yo reduciendo  
a los ojos mis potencias,  
para que todas gozasen  
la gloria de su belleza,  
cuando vi junto a ella un hombre  
que en el talle y la apariencia  
pasaba plaza de honrado,  
cortarle, con sutileza  
ingeniosa, del cordón  
un bolsillo. ¿Quién creyera  
que de tal civilidad  
fuera apoyo tal presencia?  
Amábala yo, y así  
corría ya por mi cuenta  
el defender prendas tuyas;  
pero por no hacer la afrenta  
pública del robador,  
antes que el hurto escondiera  
asiéndole de la mano,  
le vituperé a la oreja  
la acción de su talle indigna,  
respondiendo su vergüenza  
en la cara por escrito  
lo que no pudo la lengua.  
Quitéle en fin el bolsillo,  
y atribuyendo a pobreza  
lo que debió ser costumbre,  
saqué de la faltriguera  
un doblón, que por hallazgo  
de tan estimada prenda  
le di, con que en un instante  
despejó misa a iglesia.  
Cesó el no oído oficio,  
que me holgara o que fuera  
de pasión; desocupóse  
la capilla, donde queda  
rematando en el rosario  
mi divina mano cuentas,  
cuyo alcance han de pagar  
desde este punto mis penas;  
y salgo a aguardarla aquí;  
deseando que amanezca  
el alba de aquella mano,  
cuando, cisne puro, vuelva  
a bañarse en la agua santa  
que en esta pila desean  
mis esperanzas gozar,  
después que no la ven, secas.

VENTURA:           ¡Válgate el diablo por mano!  
 La primera vez es ésta  
 que entró el amor por grosura.  
 Manotada te dió fiera.  
 Mas ven acá. Si esta mano  
 viene a ser, cuando la veas,  
 de algún rostro polifemo,  
 o alguna cara juaneta,  
 ¿Qué has de hacer?

MELCHOR:           ¡Eres un tonto!  
 La sabia naturaleza  
 distribuyó proporciones  
 en sus fábricas discreta.  
 Mano de tal perfección  
 fuera culpable indecencia  
 que sirviese de instrumento  
 a cara menos perfecta.  
 Mandó Alejandro pintar  
 en una tabla pequeña  
 la corpulencia de Alcides;  
 y por mostrar su grandeza  
 solamente pintó Apeles  
 el dedo pulgar, que intentan  
 medir gigantes a varas;  
 para que hiciesen la cuenta  
 qué tan grande sería el cuerpo  
 de quien en un dedo emplea  
 aritméticas medidas  
 y yo, de la suerte mesma,  
 conjeturo por la mano  
 qué tal será la belleza  
 del dueño de tal ministro.

VENTURA:           ¡Bueno! ¿Ejemplicos me alegas?  
 Pues allá va el mío, escucha:  
 una dama en la apariencia,  
 pasaba por una calle,  
 hollándola airosa y tiesa  
 más que un alcalde de corte,  
 enamoróse de verla  
 un galán, por las espaldas  
 porque el talle y gentileza  
 con que jugaba el chapín  
 y tremolaba la seda,  
 cuando manos, prometían  
 una española Belerma.  
 Adelantó susto y pasos,  
 y volviendo la cabeza,  
 vio un ángel de Monicongo  
 con una cara pantera.  
 Santiguóse el hombre, y dijo,  
 "¡Jesús! ¡Delante tan fiera  
 y tan hermosa detrás!"  
 Y respondióle la negra,  
 "Si parécele misor  
 espaldas que delantera,  
 y transera estar hermosa,  
 bese vuesancé transera."  
 Enamórate de manos,  
 antes que tu dama veas,  
 y podrá ser cuando salga.

que lo mismo te suceda.  
 MELCHOR: Si vieras tú aquella mano  
 y aquel talle, no dijeras  
 blasfemias a su hermosura.  
 VENTURA: A tu amor digo blasfemias.  
 MELCHOR: Ya sale; apártate, y mira  
 la hermosa mano que llega  
 a transformar gotas de agua,  
 si no en diamantes, en perlas

*Salen doña MAGDALENA y QUIÑONES,  
 cubiertas con manto, y la primera una mano sin guante, como quien  
 acaba de tomar agua bendita*

QUIÑONES: Estarán a la otra puerta  
 los escuderos y el coche.

*Don MELCHOR se acerca a doña MAGDALENA*

MELCHOR: Deslútle al sol la noche,  
 dejad su luz descubierta,  
 pues no es bien cuando despierta  
 deseos en que me abraso,  
 señora, que al mismo paso  
 que la adoro, me atormente  
 y, apenas goce su oriente,  
 cuando me aflija su ocaso.  
 Crepúsculos tiene el día,  
 como al nacer, al ponerse,  
 que ven antes de esconderse  
 los que adoran su alegría.  
 Sol hermoso, mano mía,  
 si al nacer me os habéis puesto  
 en el ocaso molesto  
 que mis esperanzas ciega,  
 sol pareeeis de Noruega  
 pues os escondéis tan presto.  
 Agua traéis. No me espanto  
 si Amor llamas multiplica  
 porque llover pronostica  
 el sol, cuando abrasa tanto.  
 Basta que el avaro manto  
 sirva de nube sagrada  
 a esa gloria idolatrada.  
 Descubríos, blanca aurora,  
 que dirán que sois traidora,  
 pues dais muerte, disfrazada.

MAGDALENA: Caballero, ni el lugar  
 esas lisonjas abona,  
 ni la que habláis es persona  
 que os las tiene de feriar.  
 Excusadlas de gastar,  
 o dad orden de lucirlas  
 a quien merezca admitirlas  
 o procure agradecerlas;  
 que ni yo sé responderlas  
 ni tengo gusto de oírlas.



**A QUIÑONES**

VENTURA:           ¿Tiene vuesa dueñería  
la mano, cual su señora,  
culto, animada, esplendoro,  
gaticinante y harpía?  
¿Brillarále la uñería  
cuando el caldo escudillice  
o la loza estropajice,  
exhalando cada vez  
las aromas que a las diez  
vierta, cuando bacinice?  
Desencarpine ese pie...  
Iba a decir esa mano.

**QUIÑONES le da una bofetada a  
VENTURA**

QUIÑONES:           ¡Jó, majadero!  
VENTURA:           De llano  
bofetón! ¿Afrenta fue?

**A doña MAGDALENA**

MELCHOR:           Hoy a esta corte llegué,  
creyendo que amanecía,  
mas es tal la suerte mía,  
que, cuando más venturosa,  
el sol de esa mano hermosa  
me anochece a mediodía.

MAGDALENA:        Todo está bien ponderado.  
Si a ganar habéis venido  
nombre de bien entendido,  
ya, hidalgo, le habéis ganado.  
Preciáos de considerado,  
como de discreto agora  
y advertid que el sitio y hora  
no es acomodado. Adiós.

MELCHOR:           Será fuerza el ir tras vos,  
si os partís así; señora.

MAGDALENA:        Pues serálo si eso hacéis;  
que el buen crédito perdáis  
que cortesano ganáis,  
y algún daño ocasionéis.

MELCHOR:           No intento yo que me deis,  
habiéndome acreditado,  
nombre de necio y pesado,  
sino de restaurador  
de una prenda de valor  
que os han del cordán cortado.  
Mirad lo que os falta de él;  
cobraldo, y luego partíos,  
puesto que mis desvaríos  
os den nombre de crüel.

MAGDALENA:        Un bolsillo estaba en él;  
pero de poca importancia.

MELCHOR:           No tiene el mundo ganancia

con la de éste, por ser vuestro.

**Aparte VENTURA y su amo**

VENTURA: ¡Cuerpo de Dios, que es el nuestro!  
MELCHOR: Calla, necio.

VENTURA: ¡Que ignorancia!

MELCHOR: Un ladrón os le ha robado,  
y yo os le he restituído.  
En hallazgo de él, os pido  
que al sol quitéis el nublado.  
Vea yo el cielo estrellado  
que en ese manto se esconde;  
que si al cristal corresponde  
de la mano que encubris,  
a ser el fénix venís  
que en Arabia al sol responde.

MAGDALENA: No es ése el que yo traía.

**Hablan aparte VENTURA y don MELCHOR**

VENTURA: Que es el nuestro.  
MELCHOR: ¡Vive el cielo,  
Si no callas...

**A doña MAGADLENA**

El recelo  
turbar al ladrón podía.  
Si por oficio tenía  
quitar las prendas que os muestro,  
y era en el hurtar tan diestro,  
muchas como éstas tendrá,  
y este bolsillo será  
por derecho desde hoy vuestro.

MAGDALENA: Gozad su restitución,  
si no es que por no pagar  
el hallazgo, queréis dar  
a mis quejas ocasión.  
En daño suyo el ladrón,  
o liberal o turbado,  
a los dos nos ha engañado;  
y si admitirle no quiero,  
es porque ese viene entero,  
y el que me hurtó va cortado.

La mitad de los cordones

**Muéstrale un pedazo de los cordones con que se  
cerraba el bolsillo que traía a la cinta**

me dejó. Sacad por vellos  
la distinción que hay en ellos,  
y no malogréis razones.  
Si atrevimientos ladrones  
la causa de ese hurto han sido

y no hay señor conocido,  
a la Merced le llevad,  
o si no a la Trinidad,  
que recogen lo perdido,  
y dejadnos, porque hay ojos  
que cuidadosos nos ven,  
y no sé que os esté bien,  
si dais motivos a enojos.

MELCHOR:

Yo de robados despojos  
no he de ser depositario.

VENTURA:

(¿Hay hombre más temerario?)

MELCHOR:

Sedlo vos mientras parece  
el dueño, si es que merece  
tal favor su propietario.

**Aparte**

MAGDALENA:

Importunidad cansada  
es la vuestra. Porque os vais,  
y el paso no me impedáis,  
he de hacer lo que os agrada.  
Dádsele a aquesa criada...

VENTURA:

(¡Qué escrupuloso desdén!)

**Aparte**

MAGDALENA:

Que en mí no parece bien  
ni guardarlo, ni admitillo.

VENTURA:

(Espiró nuestro bolsillo.

**Aparte**

**Requiescat in pace, amén.**

MAGDALENA:

Y por si acaso volviere  
su dueño por él, podréis  
decir, si con él os veis,  
que aquí mañana me espere.  
Daréis pesar al que os viere  
seguir donde voy; y así  
por me hacer merced a mí  
y por ser tan cortés vos,  
mientras me ausento, los dos  
no habéis de pasar de aquí.

Esto quiero suplicaros.

MELCHOR:

Y yo quiero obedeceros,  
sin esperanza de veros,  
sin remedio de olvidaros.  
En fin, ¿podré aquí aguardaros,  
si traigo el dueño?

MAGDALENA:

A las dos  
volveré, sólo por vos,  
que sois galán cortesano.

MELCHOR:

Dadme una seña.

MAGDALENA:

Esta mano.

**Quítase de una mano el guante**

MELCHOR:

¡Ay aurora hermosa!

MAGDALENA:

Adiós.

**Vanse doña MAGDALENA y QUIÑONES**

MELCHOR:

Venturilla, mi ventura  
encarece. No seas recio,  
ni me digas disparates;  
que tú vendes por consejos.



Comprar por un poco de oro  
 los cinco climas del cielo,  
 la vía láctea nevada,  
 el sol de hermosos reflejos,  
 ¿no es lance digno de estima?  
 ¿No es barato?

VENTURA: Sí, y por eso  
 dicen, "Lo barato es caro."  
 Tú encarecerás el sebo  
 de cabrito antes de mucho,  
 pues solamente por verlo  
 doscientos ducados diste,  
 cuarenta por cada dedo;  
 y esto a ver, y no a tocar.  
 A fe, si viene a saberlo  
 Martín Danza, que él te hospede  
 en el nuncio de Toledo.  
 ¿Qué habemos de hacer agora,  
 sin la mano y sin dineros?  
 Medio día era por filo,  
 y ni hay blanca, ni comemos.

MELCHOR: Impertinente, ¿no sabes  
 que me está aguardando un suegro  
 con sesenta mil ducados?

VENTURA: ¿Y si ése se hubiese muerto,  
 acomodado la novia,  
 o le parecieses feo,  
 y te echase en hora mala,  
 que es mujer, y puede hacerlo?

MELCHOR: ¿Feo yo?

VENTURA: Pues siendo pobre,  
 ¿hay Sacripante, hay Brunelo,  
 hay tiburón, hay caimán  
 más asqueroso y más fiero?  
 ¿Hay sátiro como tú  
 sin blanca?

MELCHOR: Pues según eso,  
 para una mujer tan rica,  
 ¿podía dejar de serlo  
 por un bolsillo de escudos?

VENTURA: No la olieras, por lo menos,  
 a pelón o contagioso,  
 que huye casamientos  
 cuando huele mal la boca.  
 Alcorzas la dan remedio  
 que disimulan olfatos  
 y las damas de este tiempo,  
 que faldriqueras oliscan,  
 si no exhalan el aliento  
 dorado, vuelven el rostro,  
 escupen y hacen un gesto.  
 Con estos pocos de escudos  
 remediaras tus defetos.  
 Como guantes de polvillos,  
 lo que duran, poco y bueno.  
 Pero agora, yendo a vistas  
 sin un real, por Dios, que temo  
 que al instante que te mire,  
 le has de oler a perro muerto.

MELCHOR: ¿No tengo el bolsillo yo,

que en ser suyo, es de mas precio  
que cuanto el Oriente cría?  
VENTURA: Al que se lleva me atengo.  
MELCHOR: ¿Mas que no tiene seis cuartos!  
VENTURA: Hoy has dado en majadero.  
MELCHOR: Si de manos te enamoras,  
seré mano de mortero.  
MELCHOR: No había de codiciarle  
el ladrón, a no estar cierto  
de su valor, ni ponerse  
en tan evidente riesgo.  
VENTURA: ¿Hay más que abrirle?  
MELCHOR: Verásle.

**Saca un bolsillo lleno**

VENTURA: ¡Oh, virgen del Buen Suceso!  
Dadnosle en esta ocasión,  
y otro de cera os ofrezco.  
MELCHOR: Mira ¡qué proveído está!  
VENTURA: Déjame tomarle el peso.  
MELCHOR: ¿Qué te parece?  
VENTURA: Por Dios,  
que es en lo pesado un necio.  
Alma tiene de arcabuz.  
Abrámosle, que recelo  
que es barriga de opilada,  
y habrá tomado el acero.

**Saca don MELCHOR un envoltorio de papel dentro del  
cual hay una piedra**

MELCHOR: ¿Qué es eso?  
VENTURA: Un papel preñado.  
MELCHOR: No será virgen su dueño.  
Desenvuélvele.  
MELCHOR: ¿Quién duda  
que alguna joya está dentro?  
VENTURA: Esto era lo que pesaba.  
MELCHOR: Date prisa ya, sabremos  
si es hijo o hija.  
VENTURA: Hija fué.  
Y yo los dolores temo.

**Don MELCHOR le muestra la piedra**

MELCHOR: Una piedra es verde oscura,  
atada a un listón.  
VENTURA: Enfermo  
de piedra estaba el bolsillo,  
y tú has sido su potrero.  
MELCHOR: Oye, en este papel dice  
"esta piedra es por extremo  
buena para el mal de ijada."  
VENTURA: Désele Dios a su dueño.  
¿De la ijada, y no es atún?  
Enfermedad es de viejos

y la tapada será  
 en la edad censo perpetuo.  
 De pedradas nos ha dado.  
 ¿Queda más?

MELCHOR:  
 VENTURA:

Sí.  
 Saca presto.

*Don MELCHOR saca lo que dice*

MELCHOR:  
 VENTURA:  
 MELCHOR:  
 VENTURA:  
 MELCHOR:  
 VENTURA:

Éste es un dedal de plata.  
 De dallo fue su embeleco.  
 Éste es un devanador.  
 Los tuyos son devaneos.  
 Y es de ébano.  
 De Eva, no;  
 que Eva, en fin, andando en cueros,  
 no te engañara tapada.  
 ¿No te deshagas del truco?

MELCHOR:  
 VENTURA:

Tres sortijas de azabache,  
 y cuatro de vidrio.  
 El precio  
 se llevó, y tú la sortija.

MELCHOR:  
 VENTURA:  
 MELCHOR:  
 VENTURA:

Reír me haces.  
 ¿Hay más de eso?  
 No hay otra cosa, Ventura.  
 Tan mala se la dé el cielo,  
 como a las dos nos la ha dado.

MELCHOR:

Yo por tan feliz la tengo,  
 que en estas prendas adoro,  
 por la mano en que estuvieron.  
 Que mañana vuelva aquí  
 me manda, y alegre espero  
 alguna ventura oculta,  
 influencia de su cielo.

VENTURA:  
 MELCHOR:

¿Y crees tú que volverá?  
 Pues ¿hay que dudar en eso,  
 habiéndolo prometido?

VENTURA:  
 MELCHOR:  
 VENTURA:

¿A volverte los doscientos?  
 Si yo los admito, sí.  
 De azotes se los prometo,  
 si ella hace tal necesidad.

MELCHOR:  
 VENTURA:  
 MELCHOR:

¡Qué pesado!  
 ¡Qué ligero!  
 Por señas, ¿no me mostró  
 la mano?

VENTURA:

El arañudero,  
 dirás mejor, de bolsillos.  
 Vamos a buscar el viejo,  
 que ha de ser nuestro socorro.  
 Si a ver aquel ángel vuelvo,  
 no sé cómo he de poder  
 casarme.

VENTURA:

¿Ángel, y de negro,  
 con uñas? Llámole diablo.

MELCHOR:  
 VENTURA:  
 MELCHOR:

Es sol de nubes cubierto.  
 Bien dices que es sol... con uñas.  
 Vamos; mas oye, ¿qué es eso?

*Salen don LUIS y don JERÓNIMO*



LUIS: Os digo que es don Melchor.  
 MELCHOR: ¡Oh primo! ¿El primero encuentro  
 es con vos? Dichoso he sido.  
 LUIS: Dos días ha que os espero,  
 pues conforme a vuestra carta,  
 si salísteis de León luego  
 que se escribió, desde ayer  
 tardáis.

MELCHOR: Atribuíd al tiempo,  
 con tanta lluvia enfadoso  
 la culpa, y no a mis deseos,  
 que ya, amigo Don Luís,  
 se han cumplido, pues os veo.

LUIS: Hablad a vuestro cuñado.  
 Mejor diré hermano vuestro;  
 que como tal os aguarda.

JERÓNIMO: Yo os doy los brazos, contento  
 de ver cuán bien corresponde  
 a la fama que tenemos  
 de vos, vuestra gallardía,  
 puesto que con sentimiento  
 de que os hayáis apeado,  
 y no en mi casa.

MELCHOR: Ahora llego,  
 y la poca certidumbre  
 que en esta confusión tengo  
 de sus calles y sus casas,  
 me disculpa.

JERÓNIMO: Yo la aceto,  
 y a ganar voy las albricias  
 de mi hermana; que no quiero  
 que improvisas turbaciones  
 malogren gustos de veros;  
 que os tiene muy deseado.

MELCHOR: Paga mi fe.

JERÓNIMO: Entreteneos  
 con don Luís, entre tanto  
 que aviso a mi padre y vuelvo;  
 si no es que en su compañía,  
 por apresurar deseos,  
 queréis honrar nuestra casa.

**A don LUIS**

MELCHOR: Disponedlo al gusto vuestro.  
 LUIS: Conmigo irá de aquí a un rato.  
 JERÓNIMO: Adiós pues.

**Vase don JERÓNIMO**

LUIS: ¿Qué traéis de nuevo  
 que contarme de León?  
 MELCHOR: Nada; todos quedan buenos,  
 vuestros padres y los míos.  
 y a vos, ¿cómo os va de pleitos?  
 LUIS: Salí con mi mayorazgo.

MELCHOR: El parabién os ofrezco.

LUIS: Venturilla, ¿cómo vienes?  
 VENTURA: Enfadado de venteros,  
 trotando por esos llanos,  
 trepando por esos puertos,  
 y ofreciendo a Bercebú  
 a cierta mano de tejo  
 que hemos engastado en oro.

**Aparte a VENTURA**

MELCHOR: ¿Quieres callar, majadero?  
 LUIS: Venís muy enamorado?  
 MELCHOR: No sé lo que os diga en eso  
 lo que sobra por oídas  
 y lo que basta hasta verlo.  
 No sé yo porqué al Amor  
 le llaman y pintan ciego,  
 pues lo que no ve, no estima.  
 LUIS: ¡Ay! ¡Qué de mal me habéis hecho!  
 MELCHOR: ¡Yo! ¿Cómo, o porqué?  
 LUIS: Mejor  
 es reprimir pensamientos,  
 y desahuciar esperanzas  
 que enemistaran con celos.  
 Vos sois pobre; vuestra dama  
 tiene sesenta mil pesos,  
 que ensayados son escudos;  
 yo soy rico, y vuestro deudo.  
 No he de competir con vos.  
 MELCHOR: Don Luís, si sois discreto,  
 ¿por qué me habláis con preñeces?  
 LUIS: Ya no lo son, si lo fueron.  
 Doña Magdalena hermosa  
 os espera como a dueño  
 de su hacienda y libertad,  
 con amor libre y honesto.  
 Idolatrara yo en ella,  
 a no estar vos de por medio,  
 y pretendiera imposibles.  
 por vos, que amor crece entre ellos.  
 Vámosla a ver. No hagáis caso  
 de fábricas que en el viento  
 desvaneció vuestra vista,  
 digna de tan noble empleo.  
 Ella os ama; yo la adoro;  
 mas sacaréla del pecho,  
 aunque me cueste la vida,  
 con la ausencia o con el tiempo.  
 MELCHOR: Primo, puesto que a casarme  
 de Leon a Madrid vengo,  
 no es de suerte enamorado  
 al interés que pretendo  
 que no sea lince mi honor,  
 con que velando penetro  
 dificultades que esconden  
 vuestros confusos misterios.  
 Si queréis y sois querido,

- proseguid, que yo os prometo  
que su oro no sea bastante  
a dorar de amor los hierros.  
Declaraos, si sois amigo.
- LUIS:  
¿Qué hay que declarar? Yo quiero  
a quien por dueño os aguarda;  
pero no hagáis argumento  
de lo que os digo, ni agravio  
del mínimo pensamiento  
de vuestra dama o esposa;  
porque, por la luz del cielo,  
que hasta agora en mí no ha visto  
una centella del fuego  
que me abrasa; ni en virtud  
tiene España tal ejemplo.  
Fuila a ver de vuestra parte,  
las vuestras encareciendo;  
y amor, que es potencia todo,  
rindióse viendo su objeto.  
Pero amor en los principios  
es niño, y múdase presto.  
Yo me ausentaré esta tarde,  
por aguardarme en Toledo  
amigos y ocupaciones.  
Asegurad, primo, miedos;  
que no es bien perdáis por mí  
tal belleza y tal provecho.
- MELCHOR:  
No le tengo yo por tal  
si ha de ser en daño vuestro;  
ni es mi voluntad tan libre  
que no haya los ojos puesto  
en prendas merecedoras  
de señorear deseos,  
que tibios, por no empleados,  
sabrán deshacer conciertos.  
Ni yo a quien amáis he visto,  
ni en viéndola me prometo  
tanto, que pueda mudar  
las memorias que conservo.  
¿Qué sé yo si agradaré  
a esa dama, que habrá hecho  
ausente retratos míos  
allá en el entendimiento,  
y por no corresponder  
el original con ellos,  
me aborrezca, pues no iguala  
la verdad á los deseos?  
Primo, no habéis de ausentáros.  
Vámosla a ver, que ya es tiempo.
- LUIS:  
Plegue a Dios que no os agrade.
- MELCHOR:  
(¡Ay mano! ¡Ay cristal! ¡Ay cielo! **Aparte**  
Con una mano en los ojos,  
¿qué he de ver estando ciego?
- VENTURA:  
(Mano, vive Dios, de Judas, **Aparte**  
pues lleva bolsa y dineros.)

*Vanse todos. Sale doña MAGDALENA,  
vistiéndose otro traje, y QUIÑONES*



MAGDALENA: ¿Que don Melchor ha venido?  
 QUIÑONES: Si no te engaña tu hermano,  
 ya llega a darte la mano.  
 MAGDALENA: Iguálame ese vestido;  
 que con el otro que dejo,  
 los pensamientos desnudo  
 que aquel extranjero pudo  
 engendrar. Dame ese espejo.  
 Ponme esa valona bien.  
 ¿Está bueno este cabello?  
 QUIÑONES: Tal, que estando Amor cabe ello,  
 rendirá a cuantos le ven.  
 MAGDALENA: ¡Ay, Quiñones, y qué susto  
 me causa aquesta venida!  
 Tenía yo divertida  
 el alma, y no sé si el gusto,  
 con la memoria apacible  
 del forastero galán.  
 ¡Y antes de verle me dan  
 Esposo! ¡Caso terrible!  
 ¡Que tenga tanto poder  
 la obediencia y el honor!  
 QUIÑONES: Dilata mas el color  
 de ese carrillo.  
 MAGDALENA: Sin ver,  
 ¿he de amar a quien aguarda?  
 Quiñones, ¿no es caso fiero?  
 QUIÑONES: Galán era el forastero.  
 MAGDALENA: Y sobre galán, gallardo.  
 ¡Ay! ¡Quien pudiera comprarle,  
 ya que mis penas escuchas,  
 una de las partes muchas  
 que tiene: la gracia, el talle  
 con que hacer a don Melchor  
 como él...! Si no tan perfeto  
 Tan amante o tan discreto.  
 QUIÑONES: Podrá ser que sea mejor.  
 MAGDALENA: ¿Cómo será eso posible?  
 ¡Tan cortés urbanidad!  
 ¡Tanta liberalidad!  
 ¡Y sazón tan apacible!  
 No era digna de ella yo.  
 Roguéle no me siguiese,  
 ni donde vivo supiese;  
 y obediente, se quedó  
 inmóvil en aquel puesto,  
 si, como ya lo advertiste,  
 entre confiado y triste,  
 solo a agradarme dispuesto.  
 Luego ¿tu piensas que ignoro  
 que no fue él el robador  
 del usurpado favor,  
 que me restituyó en oro?  
 QUIÑONES: Para mí no hay dudar de eso.  
 MAGDALENA: Pues de tanta eficacia es  
 conmigo, no el interés,  
 la acción sí, que te confieso  
 que hechizo para mí ha sido.  
 QUIÑONES: Es grande hechicero el dar.  
 Inmenso y rico es el mar.

y recibe agradecido  
el tributo sucesivo  
del arroyuelo menor;  
que en los estudios de amor  
sólo hay libros de recibo.

MAGDALENA: Pero ¿de qué sirve ya  
hacer de él memoria en vano,  
si para darte la mano  
tu esposo a la puerta está?  
De que salga regalado  
del alma y memoria mía;  
que al huésped es cortesía  
el despedirle obligado.  
Mas los vecinos de arriba  
pienso que me entran a ver.

*Salen doña ÁNGELA y don  
SEBASTIÁN*

SEBASTIÁN: La vecindad suele ser,  
cuando en la igualdad estriba  
que conserva la amistad  
si es que la vuestra merezco,  
un grado de parentesco,  
señora, de afinidad.

Hémosla ya profesado  
vuestro hermano y yo; y así  
a doña Ángela pedí  
que aumentase aqúeste grado  
entrándoos a visitar,

MAGDALENA: y a dárseos por servidora,  
Casa en que tal dueño mora,  
es muy digna de estimar,  
y más el ofrecimiento  
con que esta merced me hacéis,  
cuando en mí, señora, veis  
tan corto merecimiento.

ÁNGELA: Mas con tan noble vecina  
seré dichosa desde hoy.

ÁNGELA: Vuestra servidora soy,  
y fuera vuestra madrina  
ya que bodas esperáis,  
si hallara desocupada  
aquesta plaza.

MAGDALENA: Obligada,  
quiero que merced me hagáis;  
que hasta aquí no os he servido  
para suplicaros eso.

ÁNGELA: Que estoy turbada confieso.  
¿A quién no turba un marido?

MAGDALENA: Y más quien cual yo le aguarda,  
y el talle que tiene ignora.

SEBASTIÁN: El honor no se enamora;  
que solas las leyes guarda  
de la opinión, y hasta en esto  
mostráis vuestra discreción.

ÁNGELA: Por excusar la ocasión  
en que ese susto os ha puesto,  
el matrimonio rehusó.

MAGDALENA: Crúel es vuestra hermosura.  
 ÁNGELA: ¡Jesús! Delante de un cura,  
 por más que el cielo dispuso  
 que se desposen así,  
 y tanta gente, ¿ha de haber  
 tan atrevida mujer,  
 que le diga a un hombre "sí"?  
 SEBASTIÁN: Pues ¿qué escrúpulo hay en eso?  
 ÁNGELA: ¡Jesús! Quien hace tal cosa,  
 o es muy libre y animosa,  
 o no tiene mucho seso.

*Salen don ALONSO, don JERÓNIMO, don LUIS, don  
 MELCHOR y VENTURA*

ALONSO: Atribuye A tu ventura,  
 como a mi buena elección,  
 hija, el que en esta ocasión  
 corresponda a tu hermosura,  
 el noble merecimiento  
 del dueño que te escogí.  
 Vesle, Magdalena, aquí.  
 No pudo tu pensamiento,  
 por más que encarecedor  
 galán te le haya pintado,  
 ser más que un tosco traslado  
 del talle de don Melchor.  
 Haz cuenta que en él abrazas  
 de don Juan la imagen propia;  
 que yo viéndole en su copia,  
 mientras tú su cuello enlazas,  
 mostraré mi regocijo,  
 renovando en esta edad  
 la juvenil amistad  
 del noble padre, en su hijo.  
 No quiero yo más hacienda  
 que la heredada virtud  
 que miro en su juventud.  
 El padre avariento venda  
 al oro la libertad  
 de sus hijas; que el valor  
 de tu esposo don Melchor,  
 y la ley de mi amistad,  
 juzga por más oportuna  
 la sangre que la riqueza,  
 cuanto la naturaleza  
 se aventaja a la fortuna.  
 Dale la mano.

*Hablan aparte doña MAGDALENA con  
 QUIÑONES, y don MELCHOR con VENTURA*

MAGDALENA: ¡Ay Quiñones,  
 éste ¿no es el forastero  
 que fue usurpador primero  
 de mis imaginaciones?  
 QUIÑONES: Sí, señora. En la Vitoria  
 éste fue quien la alcanzó



d ti. ¿Qué dicha llegó  
a la tuya?

MELCHOR: La memoria  
de aquella mano, Ventura,  
como quien ve por antojos,  
tiene ocupados mis ojos.  
¡Fea mujer!

VENTURA: ¿Qué hermosura  
se igualará a la presente?  
Pero dejando la cara,  
en la candidez repara  
de aquella mano esplendente,  
que es la misma, vive Dios,  
que melindrizó el bolsillo.

MELCHOR: Anda, borracho; aun decillo  
es blasfemia.

VENTURA: No estóis vos,  
señor, con juicio cabal.

MELCHOR: Ésta es asco, es un carbón.  
Es en su comparación  
el yeso junto al cristal.  
A sus divinos despojos  
no hay igualdad.

VENTURA: Yo la vi,  
cuando me llevó tras sí  
con el bolsillo los ojos,  
y juro a Dios que es la propia.

MELCHOR: Enviaréte noramala,  
si no callas, necio. Iguala  
la Scitia con la Etiopia.  
La mano que a mi me ha muerto,  
de una vuelta se adornaba  
de red...

VENTURA: (Bolsillos pescaba.) **Aparte**

MELCHOR: ...y ésta trae el puño abierto.

VENTURA: No estaba el otro cerrado  
para agarrar los doscientos.  
Llégalas a hablar.

MAGDALENA: (Pensamientos, **Aparte**  
¿qué piélagos os ha engolfado  
e contrarias suspensiones?)

ALONSO: Don Melchor, ¿cómo no habláis  
a vuestra esposa?

MELCHOR: Agraviáis  
las cuerdas ponderaciones  
que en esta belleza admiro,  
si limitáis su silencio.  
Callo, adoro, reverencio  
y hablo más cuanto más miro.  
Perdonad, señora mía,  
a la lengua, si a los ojos,  
para gozar los despojos  
de ese sol que luz me envía,  
se pasa; que si es verdad,  
que Amor al esposo obliga  
que lo primero que diga  
sea alguna necesidad,  
yo juzgo por caso recio  
la primer vez que os adoro  
entrar contra mi decoro,

MAGDALENA: por los umbrales de necio.  
Estáis tan acreditado  
connigo ya, que si fuera  
posible que en vos cupiera  
esa ley de desposado,  
juzgara por discreción  
cualquier desacierto vuestro.

VENTURA: Cada cual se dé por diestro.  
Buena está la introducción,  
y vuesa merced me tenga  
cuando me vaya a caer;  
que habemos los dos de ser  
un par hasta que otro venga.

SEBASTIÁN: Entre tanto parabién  
los de un vecino admitid,  
de quien podréis en Madrid  
serviros siempre, y también  
los de mi hermana que agora  
añade a su vecindad  
nuevos grados de amistad.

JERÓNIMO: Doña Ángela, mi señora,  
y el señor don Sebastián,  
posan los cuartos de arriba,  
y en su noble sangre estriba  
la voluntad con que os dan  
parabienes, que merecen  
mucho.

*A don JERÓNIMO*

MELCHOR: Salid vos por mí  
fiador, pagaréis así  
los favores que me ofrecen;  
Que como recién venido,  
caer en mil faltas temo.

ÁNGELA: (El leonés es por extremo, **Aparte**  
como no oliera a marido.)

ALONSO: Esta noche habéis de ser  
mis convidados los dos.

SEBASTIÁN: Basta mandárnoslo vos.

VENTURA: (Eso sí; haya que comer.) **Aparte**

*Aparte a don MELCHOR*

ALONSO: Ya estáis, hijo, en vuestra casa.  
Desposado saldréis de ella.

*Aparte don LUIS y don MELCHOR*

LUIS: ¿Haos parecido muy bella  
la novia? ¿Mas que os abrasa?  
¿Mas que ya habéis olvidado  
aquella mano homicida?

MELCHOR: Quien bien ama, tarde olvida;  
que estoy más enamorado  
por ella, amigo, os advierto.

LUIS: ¿Pues no es la de vuestra esposa,

para mano, tan airosa,  
y tan bella?

MELCHOR: No por cierto.

*Hablan aparte doña MAGDALENA y  
QUIÑONES*

QUIÑONES: ¿Hay suerte como la tuya?  
¿Que el primer hombre que vinieres  
Sea tu esposo! ¡Dichosa eres!

MAGDALENA: No sé de eso lo que arguya.  
Pensamientos solicitan  
guerra, en mi pecho, crüel,  
y si unos vuelven por él,  
otros le desacreditan.

JERÓNIMO: (Temo que nuestra vecina,  
según lo que en mi alma pasa,  
por dueño se quede en casa.) **Aparte**

LUIS: (¡Ay Magdalena divina!  
Ya te lloro enajenada.) **Aparte**

QUIÑONES: ¿Cómo te llamas?

VENTURA: Ventura.

QUIÑONES: Buen nombre y mala figura.

VENTURA: Soylo, mas no descartada.

*Don SEBASTIÁN habla aparte con su hermana,  
doña ÁNGELA*

SEBASTIÁN: ¿Qué, hermana, te ha parecido  
del leonés forastero?

ÁNGELA: Gallardo para soltero,  
pesado para marido.

MELCHOR: (¡Ay! Mano hermosa, cumplid  
palabras y juramentos.) **Aparte**

VENTURA: (¡Ay, mis escudos doscientos,  
espirasteis en Madrid!) **Aparte**

## FIN DEL ACTO PRIMERO

### La celosa de sí misma, Jornada II

Texto electrónico por Vern G. Williamsen y J T Abraham  
Formateo adicional por Matthew D. Stroud

[Volver a la lista de textos](#)



Association for Hispanic Classical Theater, Inc.



---

**Actualización más reciente: 22 Jun 2002**

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Salen doña MAGDALENA, de luto bizarro, y  
QUIÑONES*

MAGDALENA:       ¿Qué sacas de encarecer  
la dicha que he conseguido  
en que esposa venga a ser  
del primero que he querido,  
y que llegue a merecer  
las partes que en don Melchor  
rindieron mi voluntad  
su gentileza, valor,  
talle, liberalidad,  
discreción, gracia y amor?

Pues todas ésas, Quiñones,  
si fueron ponderaciones  
primero de mi afición,  
ya de mis recelos son  
sospechosas ocasiones.

QUIÑONES:       No me espanto. Todo aquello  
que está en ajeno poder,  
tiene el gusto por más bello,  
y el valor suele perder,  
en llegando a poseello.

Juzgaste ayer a tu esposo  
por prenda ajena; y así  
te pareció más hermoso.  
Viene a ser tu dueño aquí,  
y júzgasle ya enfadoso.

Efímera es tu afición:  
toda ayer ponderación  
y hoy desdén toda y mudanza.  
¿Quién vio morir la esperanza  
antes de la posesión?

¿Es posible que tan presto  
aborreces lo que amabas?  
No en balde luto te has puesto  
por los deseos que acabas  
de enterrar.

MAGDALENA:       No estás en esto  
de amar, Quiñones, tan diestra,  
que los peligros rehuses  
que el yugo conyugal muestra.  
Y así no es mucho que acuses  
mi amor, si no eres maestra.

De suerte a don Melchor quiero  
después que a esta casa vino,  
que si me agradó primero,  
mi amor es ya desatino,  
pues sin él, morir espero.

Mas, ¿con qué seguridad

rendiré mi voluntad  
a quien, con tan fácil fe,  
la primer mujer que ve  
triunfa de su voluntad?

Hombre que a darme la mano  
viene aquí desde León  
y es tan mudable y liviano  
que a la primera ocasión,  
liberal y cortesano,

a un manto rinde despojos  
y a una mano el alma ofrece.  
¿No quieres que me dé enojos  
quien así se desvanece?  
Y sin penetrar sus ojos

lo que, por no ver, ignora,  
se suspende y enamora,  
exagera, sutaliza,  
y palabras autoriza,  
pues con escudos las dora.

¿Qué satisfacción dará  
a quien por dueño le espera?  
¿O quién me asegurará  
de voluntad tan ligera,  
que, desposado, no hará

lo mismo con cuantas mire,  
y yo con él mal casada,  
quejas al alma retire,  
llore mi hacienda gastada,  
y sus mudanzas suspire?

QUIÑONES: ¿Pues siendo tú quien despierta  
su voluntad, y encubierta  
diste causa a sus desvelos,  
¿de quién puedes formar celos?

MAGDALENA: De mí misma. Y está cierta  
que si le amé forastero,  
doméstico y dueño ya,  
dudo, al paso que le quiero.

QUIÑONES: Pues bien, ¿qué remedio da  
tu amor?

MAGDALENA: Cumplir lo primero  
mi palabra en la Vitoria,  
y ver si en ella me aguarda.

QUIÑONES: No tendrá de ti memoria;  
que tu presencia gallarda,  
siendo a sus ojos notoria,  
borrará la primer copia  
que vio tapada e impropia,  
pues se enamoró en bosquejo,  
y mudando de consejo,  
te olvidará por ti propia.

MAGDALENA: Eso, pues, quiero probar.

QUIÑONES: Pues ¿para qué te vestiste  
de luto?

MAGDALENA: Para mostrar,  
en señal de que estoy triste,  
la color de mi pesar.

Todos estos son ardidés  
de mi amor.

QUIÑONES: ¿No puedo yo  
saberlos?



MAGDALENA: Si los impides,  
dándome consejos, no;  
mas sí, si a mi amor te mides.

QUIÑONES: ¿Pues agora dudas de eso?

MAGDALENA: Que estoy loca, te confieso.  
Pongan el coche.

QUIÑONES: Ya está  
a la puerta.

MAGDALENA: Importará  
para el fin de este suceso,  
ya que en este tema doy,  
que a casa de doña Juana,  
a quien el pésame voy  
a dar de su muerta hermana,  
mientras que con ella estoy,  
hagas llevarme una silla  
y un escudero alquilados.

QUIÑONES: Hartos hay en esta villa.

MAGDALENA: Después sabrás mis cuidados.

QUIÑONES: ¿Y agora no?

MAGDALENA: Maravilla  
fuera, siendo tú mujer,  
no morirte por saber.  
Amor, que en todo es astuto,  
me ha vestido de este luto,  
porque si me llega a ver  
hablando con don Melchor  
mi hermano o padre, no entienda  
por el vestido mi amor  
secreto, y con él se ofenda.

QUIÑONES: ¡Lo que previne el temor!

MAGDALENA: Por lo mismo iré también  
en silla desconocida.

QUIÑONES: Todo lo dispones bien.

MAGDALENA: Ténmela allí apercebida,  
y tus albricias prevén  
si don Melchor no me espera  
donde ayer me prometió.

QUIÑONES: Dios lo haga de esa manera.

MAGDALENA: No soy tan dichosa yo.

QUIÑONES: Tú has dado en gentil quimera.

*Vanse las dos. Salen don MELCHOR y  
VENTURA*

VENTURA: ¿Es posible que haya amor,  
que la hermosura divina  
de tal dama menosprecie  
por una mujer enigma,  
por una mano arufiante,  
que con blancura postiza,  
a pura muda y salvado,  
sus mudanzas pronostica?  
¿Sin haberla visto un ojo,  
sin saber si es vieja o niña,  
nari-judaizante o chata,  
desdentada o boquichica?  
¡Que en cáscara te enamores!  
¡Que bien del espejo digas,

sin ver no más que la tapa!  
 ¡De una dama en alcancía!  
 ¡De la tumba por el paño!  
 ¡De la toca por la lista!  
 ¡Del pastelón por la hojaldre!  
 ¡De la sota por la pinta!  
 ¡De la espada por la vaina!

MELCHOR: Ea, ensarta boberías,  
 eslabona disparates,  
 y frialdades bufoniza;  
 que yo he de esperarla aquí.  
 VENTURA: Y de veras, ¿imaginas  
 que ha de tornar la bolsona?  
 MELCHOR: Tú verás presto cumplida  
 la palabra que me dió.  
 VENTURA: Como oliscara la ninfa  
 otro bolsillo preñado  
 de doradas gollorías,  
 sí hiciera... ¿Mas no te agrada  
 doña Magdalena

MELCHOR: Es... fría.  
 No me la nombres, Ventura,  
 que tengo el alma rendida  
 a la gallarda encubierta;  
 y si a la mano divina  
 la hermosura corresponde  
 del rostro, como adivina  
 el alma que nunca miente,  
 mi dichosa suerte estima.  
 VENTURA: Y si fuese, como creo,  
 en lugar de Raquel, Lía,  
 con el un ojo estrellado,  
 y con el otro en tortilla,  
 los labios de azul turquí,  
 cubriendo dientes de alquimia,  
 jalbegado el frontispicio  
 a fuer de pastelería,  
 y como universidad  
 rotuladas las mejillas,  
 ¿qué has de hacer?

MELCHOR: Cuando eso,  
 que supongo que es mentira,  
 volveréme a Magdalena,  
 que si no es hermosa, es rica.  
 VENTURA: No es tan rica como hermosa.  
 Mas asentemos que imita  
 en belleza al sol de enero  
 la buscona que te hechiza.  
 ¿Si es pobre...?

MELCHOR: Eso no lo creas.

VENTURA: ¿Y si lo fuese por dicha?  
 MELCHOR: Llevarémela a León,  
 y con ella en quieta vida,  
 al yugo de amor atado,  
 daré dueño a mi familia,  
 señora a mi herencia corta,  
 y a mi padre nuera e hija.  
 VENTURA: ¡Buena vejez le acomodas!  
 Mas si no fuese tan limpia  
 como tu sangre merece,

envidiada por antigua,  
o ya que fuese tan noble  
como el árbol de Garnica,  
si es doncella despalmada,  
como nave que inverniza,  
¿qué has de hacer?

MELCHOR: Tendrán respuesta  
todas tus bachillerías  
en viéndola.

VENTURA: ¿Cómo sabes  
que es su cara a letra vista?  
Plegue a Dios que nunca vuelva,  
y si vuelve y es pandilla,  
que la tripules, y te abra  
los ojos santa Lucía.  
Mas don Luis sale aquí  
con una enlutada o viuda,  
tapada como la nuestra.  
MELCHOR: Donde hay cebo, todos pican.

*Salen doña MAGDALENA y don  
LUIS*

LUIS: Mal haya quién inventó  
los mantos, señora mía,  
que en España solamente  
de tantos gustos nos privan!  
¡Tal presencia viene sola,  
baldada de madre o tía!  
Por Dios, hermosa enlutada,  
que lo he tenido por dicha.  
Enseñadme sólo un ojo,  
y jugaré con su niña,  
que a la puerta de la iglesia,  
bien es que limosna os pida.  
MAGDALENA: Dios me dé, señor, qué daros.  
A aquel hidalgo querría  
hablar.

LUIS: ¿A cuál?  
MAGDALENA: Al que está  
al lado de aquella pila.  
LUIS: Ése es mi amigo y pariente.

MAGDALENA: Si lo es vuestra cortesía  
de la que en él reconozco,  
dadme lugar que le diga  
cuatro palabras no más.  
LUIS: Si sois la que él imagina,  
y sus bodas desazona,  
pedidme, señora, albricias.  
MAGDALENA: Pídoos pues que despejéis  
este lugar.

*Llegando don LUIS a don MELCHOR*

LUIS: Si peligra,  
cual dicen, el que anda entre  
la cruz y el agua bendita,



primo, entre una y otra estáis.  
 Aquella dama que os mira,  
 os quiere hablar. Id con tiento,  
 que debe ser homicida,  
 pues en fe de lo que mata,  
 huyendo de la justicia  
 anda a sombra de tejados  
 si el manto los significa.

MELCHOR: ¿Que me quiere hablar, decís?  
 LUIS: Esto me manda que os diga.  
 MELCHOR: ¡Ay, Ventura, qué es mi dama!  
 VENTURA: Viene de *requiem* vestida.  
 Otra ganga debe ser;  
 que hay en Madrid infinitas,  
 y huelen un forastero  
 de una legua.

MELCHOR: Ésta es la misma  
 que vi ayer; su talle y cuerpo  
 me la retratan y pintan.  
 Primo, adiós.

**Volviendo a doña MAGDALENA**

LUIS: Ya llega a veros.  
 Sed con él agradecida.  
 Hechizádmele, señora;  
 que me va el alma y la vida  
 en que aborrezca una prenda  
 que mis gustos tiraniza.

**Vase don LUIS**

MELCHOR: ¿Soy yo, señora, el llamado?  
 VENTURA: ¿Sois vos, decid, la escogida?  
 MELCHOR: Ventura, apártate allá.  
 VENTURA: Sé sumiller de cortina,  
 descubre aquesa apariencia,  
 tocarán las chirimías;  
 que en las tramoyas pareces  
 poeta de Andalucía.

**A don MELCHOR**

MAGDALENA: ¿Conocéis aquesta mano?  
 MELCHOR: ¡Ay aurora! ¡Ay sol! ¡Ay día!  
 VENTURA: (El cantar del ay, ay, ay,  
 se nos ha vuelto a Castilla.)  
 MAGDALENA: Vengo a cumplir mi palabra.  
 MELCHOR: Si fuédeses tan cumplida  
 en favores, como en ellas,  
 viera yo el sol que me eclipsa  
 la nube de aqueso manto.  
 MAGDALENA: También a venir me obliga  
 la hacienda que usurpo, ajena,  
 pues es justo restituírla.  
 MELCHOR: Si lo decís por un alma,  
 que desde ayer fugitiva

**Aparte**

en su casa le echan menos,  
 yo la doy por bien perdida.  
 MAGDALENA: ¿Es vuestra?  
 MELCHOR: Sí, mi señora.  
 MAGDALENA: ¡Qué traviesa es! ¡Qué atrevida!  
 No me ha dejado dormir  
 toda esta noche. Registra  
 curiosa cuantas potencias  
 pensamientos ejercitan;  
 no siendo huésped, se hace  
 mandona en mi casa misma.  
 Prométoos que a no venir  
 esta mañana una amiga  
 por ella, que es su señora,  
 me diera muy triste vida.  
 MELCHOR: ¡Señora suya, y no vos!  
 MAGDALENA: ¿Quién os dijo tal mentira?  
 Una doña Magdalena,  
 noble, cuerda, hermosa y rica.  
 Tenedme por tan curiosa,  
 desde ayer a medio día,  
 que hice en vuestra información  
 diligencias exquisitas.  
 Sé que venís a casaros  
 con el fénix de las Indias,  
 que vuestro amor pesa a pesos  
 y en vos esperanzas libra.  
 Sé que os llamáis don Melchor,  
 que os ilustra sangre limpia,  
 que sois pobre y caballero,  
 y que hoy han de estar escritas  
 vuestras bodas y conciertos  
 mirad ¡cuán necia es quien fía  
 en palabras forasteras,  
 falsas, si ponderativas!  
 Si como os mostré una mano  
 ayer, menos advertida  
 os permitiera cebar  
 en mi rostro vuestra vista,  
 ¡qué burlada que quedara,  
 siendo después conocida,  
 y ocasionando en mi ofensa  
 pesados motes y risas!  
 MELCHOR: ¡Bien haya quien hizo mantos!  
 ¡Mal haya quien no se olvida,  
 por la sal de aquea lengua,  
 de cuantas bellezas mira!  
 Verdadera información  
 habéis hecho, y tan cumplida  
 como la fe con que os amo;  
 mas creed, tapada mía,  
 que obligado a diligencias  
 tan amorosas y dignas  
 de la eterna estimación;  
 si como el alma imagina,  
 sois hermosa, que sí sois,  
 pues por más que el manto impida  
 milagros que reverencio,  
 es mi amor lince en la vista,  
 ni el oro, ni la belleza,

ni imposibles de la envidia,  
 tienen de ser poderosos  
 a que no os adore y sirva.  
 A vuestra competidora  
 vi ayer. Vuestro amor permita  
 que aqueste nombre la dé,  
 y si no el de mi enemiga,  
 Y pudo tanto el cristal  
 de aquesa mano divina,  
 que elevado en su memoria,  
 me pareció... No es bien diga  
 de mujer, y más ausente,  
 faltas que la cortesía  
 de que siempre me hepreciado,  
 con razón desautorizan.  
 Parecióme, en fin, ni hermosa  
 ni digna de que compita  
 con vos, ni mi amor guerrá  
 que la libertad la rinda.  
 Ésta es vuestra, y es razón  
 que conozca la cautiva  
 la cara de su señora.  
 Mi amor aquesto os suplica.  
 Baste ya tanto recato.

MAGDALENA:

Casi estaba persuadida  
 a agradaros... Pero no,  
 que vuestro deseo me pinta  
 más hella de lo que soy,  
 y temo perder la estima  
 en que estoy imaginada,  
 cuando no la iguale, vista.  
 Aunque no quiero tampoco  
 desacreditar la dicha  
 que en vuestro amor intereso  
 si por no verme se entibia.  
 Yo os juro a fe de quien soy,  
 si es lícito que se siga  
 la pública voz y fama  
 que tengo de aquesta villa,  
 que no es doña Magdalena  
 ni más bella, ni más rica,  
 ni más moza, ni más sabia,  
 ni más noble, ni más digna  
 de serviros y estimaros  
 que yo; y aunque coronista  
 de mis mismas alabanzas,  
 en competencias se admitan,  
 si no créis estas verdades.

MELCHOR:

Por la luz, pura y divina  
 que amante adoro y no veo,  
 que os juzgo por maravilla  
 de la belleza, y que os hace  
 la comparación traída  
 agravio en mi estimación  
 como la noche hace al día.

MAGDALENA:

Haced una cosa pues.  
 Los conciertos se despidan  
 de esa doña Magdalena  
 que mi quietud martiriza.



MELCHOR: No viváis más en su casa,  
y llevándoos yo a la mía,  
averiguaréis verdades  
que el temor desacredita.  
Que me place dos mil veces.  
Y porque vais persuadida  
del poco amor que la tengo,  
sabed que aquel que venía  
con vos, y de vuestra parte  
me llamó, es mi sangre misma,  
y la que aborrezco adora.  
Ya lo sé.

MAGDALENA:  
MELCHOR: Haré que la pida  
a su padre, y yo cediendo  
la acción que tengo a su dicha,  
serviré de intercesor,  
sin dudar que la consigan  
tres mil ducados de renta  
que a don Luís acreditan,  
y el ser su deudo también.

*Sale SANTILLANA y habla a doña  
MAGDALENA*

SANTILLANA: Acabado se han las misas,  
y ya la iglesia está sola.

MAGDALENA: No traigo yo tanta prisa.  
Aguardaos un poco allá.

SANTILLANA: (¡Qué señora tan prolija!)  
**Aparte**

*VENTURA habla aparte con SANTILLANA*

VENTURA: ¡Ah señor Nuño Salido!  
Vuesa ancianidad se sirva  
de escucharme mil palabras.

SANTILLANA: ¿Es vuesancé taravilla?

VENTURA: ¿Cómo ha nombre?

SANTILLANA: Santillana.

VENTURA, ¿Y el que sacó de la pila?

SANTILLANA: Ése es Suero.

VENTURA: Sorberánle  
éticos, que el suero alivia.  
¿Cuánto ha que sirve a esta dama?

SANTILLANA: Dos horas, aun no cumplidas,  
ha que me alquiló una dueña  
por coadjutor de una silla.

VENTURA: Luego ¿no sabe quién es?

SANTILLANA: No, señor.

VENTURA: ¿A mí pandillas?  
So pena de la ración  
le mandan que no lo diga;  
pero aquí está un real de a cuatro  
que secretos desbalija  
de arrugados entrecejos.  
Diga quién es, si le brindan.

SANTILLANA: (Estafar a un paje de estos **Aparte**  
es hazaña peregrina.

los cuatro reales me tocan.  
De esta vez le doy papilla.)  
Mucho puede el hipocrás  
que cierta despensa cría,  
a los cuatro condeno,  
aunque más mi ama me rifa.

*Va a coger la moneda que VENTURA ha  
mostrado*

VENTURA: No. Tengamos y tengamos;  
que temo alguna engañifa.  
SANTILLANA: Soy contento. Esta señora,  
por este hidalgo perdida,  
viene a hablarle a lo cubierto  
sin más gente y compañía,  
que la que en mis años ve.  
VENTURA: Más trae que doce tías.  
SANTILLANA: Y es... No ha de decirlo a nadie,  
si no es que le pida albricias  
de su ventura a su dueño.  
VENTURA: Pierda cuidado y prosiga.  
SANTILLANA: Es la condesa...  
VENTURA: ¿Condesa?  
SANTILLANA: De Chirinola.

VENTURA: En la China  
estará el chiri-condado.  
SANTILLANA: No, señor, que es la provincia  
de Nápoles.  
VENTURA: ¡Chirinola!  
Llamaráse Chirimía  
la condesa. ¿Y dónde vive?  
SANTILLANA: Vive en la calle de Silva,  
en una casa de rejas  
azules con celosías.  
MAGDALENA: El luto que pena os da,  
de un pobre viejo me libra,  
que ayer supe que murió;  
y antes de aguardar visitas  
y pésames, vine a veros  
con un escudero y silla,  
que excusan coche y criados.  
¿Falta más?  
SANTILLANA: Sí.  
VENTURA: Pues aprisa.  
SANTILLANA: ¿Es casada esta condesa?  
VENTURA: Ya dicen que se le endilga,  
SANTILLANA: hablando a lo labrador.  
MELCHOR: En fin, ¿mi amor no os obliga  
a que lo que por fe adoro,  
vea?  
MAGDALENA: Soy agradecida,  
y quiero de vos saber  
si soy, como otros afirman,  
más que doña Magdalena  
Hermosa. Aplicad la vista  
a este ojo, fiador de estotro.

*Descubre el un ojo*

MELCHOR: Decid nueva maravilla  
del cielo, decid que es sol  
con rayos que vivifican  
el alma, en su ausencia muerta.  
¡Ah Ventura, Venturilla!

VENTURA: ¿Señor?

*A SANTILLANA*

Adiós, escudante;  
que yo pagaré esta dita

*Guárdase la moneda*

SANTILLANA: (Mal hubiese el escudero Aparte  
que de pajancos se fía!)

VENTURA: ¿Qué manda vuesa merced?

MELCHOR: Mira la belleza en cifra  
del cielo de este lucero,  
porque después no me digas  
que es mi repudiada esposa  
más hermosa, ni más digna  
del empleo de mi amor.

VENTURA: Mata, rinde, esplende, brilla,  
hermoso rasgón de gloria,  
luminosa saetía  
para las flechas de amor.

*A su amo*

MELCHOR: Sé culto aquí, critiquiza.  
Mostradme su compañero.

MAGDALENA: Que me place.

*Muéstrale el otro ojo tapada*

VENTURA: ¿Son reliquias  
de una en una?

MELCHOR: ¡Hay tal belleza!

VENTURA: Ya, ojos, pierdo la ojeriza  
con que el bolso nos aojastes.  
Ojale ese ojal de vista  
el dios sin ojos ni ojetes,  
pues es hojuela en almíbar.  
Ojo a la margen, señor.

MAGDALENA: ¿Paréceos que con justicia  
podrán competir mis ojos  
con los que amor autoriza  
en vuestra dama?

MELCHOR: ¡Jesús!  
No os injuriéis a vos misma  
con esa comparación.  
Que aquellos son...



VENTURA: Porquería.  
 MAGDALENA: Esa sentencia pretendo  
 pagáros reconocida  
 con esta firmeza.

VENTURA: Vaya.  
 MAGDALENA: Y a vos con esta sortija.  
 VENTURA: ¡Oh mano, mas celebrada...!  
 (Iba a decir que una misa

**Aparte**

nueva y de aldea; mas no,  
 que es descompuesta osadía.)  
 ¡Mano, si en bolsillos fiero,  
 en sortijas franca y linda!  
 ¡Mano ginovesa o fúcar!  
 ¡Mano de papel batida!  
 ¡Mano de reloj de Flandes,  
 de cabrito o de cabrita,  
 de almirez que hace almendrada,  
 y de misal manecilla!  
 ¡Ésta es mano, y no la otra,  
 flemática, floja y fría,  
 frágil, follona, fullera,  
 fiero, fregona y francisca!  
 ¡Oh mano, eu fin, de condesa  
 Chirinola, o chilindrino!  
 Pues si acierto el escudero,  
 es mano de señoría.  
 ¿Queréis callar?

SANTILLANA: ¿Cómo es eso?  
 MELCHOR: No hay verdad que oculta viva.  
 VENTURA: Condesa de Chirinola  
 sois. Esta vejez lo afirma.  
 MELCHOR: ¿Condesa, mi bien?  
 MAGDALENA: Creed,  
 aunque al parlero despida,  
 lo que os esté bien en eso.

**Aparte**

SANTILLANA: (Apoyóse mi mentira.)  
 MAGDALENA: Y en vuestra fe confiada,  
 adiós  
 MELCHOR: Veréisla cumplida  
 antes que amanezca. Adiós.  
 VENTURA: ¡O mano que mana mina!

**Vase todos. Salen doña ÁNGELA y don  
SEBASTIÁN**

SEBASTIÁN: ¿Cómo podré yo estorbar  
 que este don Melchor se case  
 y de celos no me abraze?  
 ÁNGELA: Hoy se tienen de firmar  
 las escrituras; mañana,  
 que es fiesta, su amor espera  
 la amonestación primera.  
 SEBASTIÁN: Y en ella mi muerte, hermana.  
 ¡Nunca él hubiera venido  
 a Madrid!  
 ÁNGELA: ¡Pluguiera a Dios,  
 si se han de casar los dos!  
 SEBASTIÁN: Ya tu amor he conocido.  
 Bien le quieres.

ÁNGELA: Es verdad.  
 SEBASTIÁN: Hasta en eso me pareces.  
 Mas que a don Melchor mereces  
 por tu sangre y tu beldad.  
 Mas, en fin, los dos se casan,  
 y los dos de pena y celos  
 perecemos.

ÁNGELA: Mis desvelos  
 del justo límite pasan  
 que el amor de solo un día  
 permite.

SEBASTIÁN: Darle la muerte.  
 ÁNGELA: Medio es el que escoges fuerte,  
 y contra la elección mía,  
 que haciéndola en don Melchor,  
 se juzga bien empleada.

SEBASTIÁN: Muriendo él, aunque te agrada,  
 también morirá tu amor,  
 pero hagamos una cosa.  
 Esta boda alborotemos.

ÁNGELA: ¿De qué manera podremos?  
 SEBASTIÁN: Diré que me dio de esposa  
 el sí doña Magdalena.

ÁNGELA: ¿Dónde hallarás los testigos?  
 SEBASTIÁN: Criados tengo y amigos.  
 ÁNGELA: Para dilatarla es buena;  
 mas no para disuadirla.

SEBASTIÁN: Como agora se suspenda,  
 mi calidad y mi hacienda  
 bastarán a persuadirla.  
 Viejo es su padre. ¿Quién duda  
 que su edad será avarienta?  
 Seis mil ducados de renta,  
 si el oro todo lo muda,  
 y el hábito que ya espero,  
 ¿qué cosa no alcanzarán?

ÁNGELA: Don Melchor es muy galán.  
 SEBASTIÁN: Pero más lo es el dinero.  
 Hasta intentarlo, ¿qué importa?

ÁNGELA: Nada; mas de esto te advierto,  
 que si el desposorio es cierto,  
 por ser mi ventura corta,  
 no he de estar más un instante  
 en esta casa.

SEBASTIÁN: Yo voy,  
 pues los conciertos son hoy,  
 a negociar lo importante  
 para impedirlos.

ÁNGELA: Ardid  
 es provechoso, como halles  
 testigos.

SEBASTIÁN: Tiene en sus calles  
 todos los vicios Madrid.  
 Haz cuenta que es una tienda  
 de toda mercadería.  
 Siendo así, ¡bueno sería  
 que aquí el interés no venda  
 testigos falsos!

ÁNGELA: Allana

con ellos cuanto dinero  
tengo.

SEBASTIÁN: Más barato espero  
negociar. Adiós, hermana.

*Vase don SEBASTIÁN. Sale  
VENTURA*

VENTURA: Buscaba a señor el viejo,  
y pensé que estaba aquí.

ÁNGELA: Aguardaos. No os vais así.

VENTURA: Voyme porque a mi amo deajo  
esperándome.

ÁNGELA: Escuchad.

VENTURA: ¿Qué manda vuestra hermosura?

ÁNGELA: ¿Cómo os llamáis?

VENTURA: ¿Yo? Ventura.

ÁNGELA: Buen nombre.

VENTURA: Es de calidad,  
que soy muy cálido y franco;  
pero aunque el nombre me alegra,  
es por ser mi dicha negra,  
llamar al negro, Juan Blanco.

ÁNGELA: No venistes vos anoche  
de León?

VENTURA: Vine.

ÁNGELA: Un secreto  
me guardad, si sois discreto.

VENTURA: Mejor lo guardo que un coche.

ÁNGELA: Esta sortija os obligue.

VENTURA: ¡Oh mano, también perfeta!

(¿Qué lapidario planeta  
mi dicha ensortija y sigue?)

Fuera Alejandro discreto,  
si cuando a la obligación  
de su amigo Efestión

puso el anillo en secreto,  
la mano en lugar del labio,  
le honrara, pues le selló;  
que pues que no se le dio,  
ni fue liberal, ni sabio.

Mas yo que con él me quedo,  
mejor le sabré guardar,  
pues para poder callar,  
me pondré en la boca el dedo.

Digo, el de este anillo, freno  
que mudo a la lengua doy.

ÁNGELA: ¿Sabes, Ventura, quién soy?

VENTURA: Sois cielo de amor sereno.

ÁNGELA: ¿Podría yo competir,  
en materia de querer  
con quien esposa ha de ser  
de don Melchor?

VENTURA: Y salir  
triunfante del mejor rayo  
con que el sol alumbra el mapa,  
pues sin haber sido papa,  
me hacéis de anillo lacayo.

ÁNGELA: ¿Tiene doña Magdalena

**Aparte**



VENTURA: muy tierno a vuestro señor?  
 Más lejos está su amor,  
 que Paris de Cartagena.

ÁNGELA: ¿Que no la tiene afición,  
 y es de su venida el norte?

VENTURA: Como a un alguacil de corte  
 que entra a hacer la ejecución.  
 Más faltas en ella nota  
 que en una mujer preñada,  
 que en una mula fiada,  
 y un juego, en fin, de pelota.  
 No se casará con ella,  
 aunque le hagan gran Sofí.

ÁNGELA: Pues ¿para qué vino aquí?

VENTURA: Cierta señoría bella,  
 ya que todo lo desbucho,  
 aquestas bodas enfría.

ÁNGELA: ¿Señoría?

VENTURA: Señoría.

ÁNGELA: ¿Y se quieren mucho?

VENTURA: Mucho.

ÁNGELA: ¿Quién es ella?

VENTURA: Una condesa  
 de medio ojo y una mano,  
 que el reino napolitano  
 le dio la pinta y la presa,  
 y ella a mí me dio el anillo  
 que veis.

ÁNGELA: ¿Y cómo se llama?

VENTURA: Digo yo que es nuestra dama  
 la condesa del bolsillo.

ÁNGELA: ¿Adónde cae ese estado?

VENTURA: Si no perdí la memoria,  
 cae dentro de la Vitoria;  
 que es condesa de pescado.

ÁNGELA: Hablad de veras.

VENTURA: Por Dios,  
 que le ha enamorado allí  
 el mejor ojo que vi,  
 no os haciendo agravio a vos,  
 y la mano más brillante,  
 que el jabón de Chipre honró  
 hoy la palabra nos dio  
 de que ha de ser nuestra esposa  
 como a estotra Magdalena  
 olvide, y deje su casa.  
 Esto es todo lo que pasa;  
 mas no os dé, señora, pena,  
 que en sabiendo vuestro amor  
 mudará de parecer,  
 porque solo dejó ver  
 la condesa a don Melchor  
 un par de ojos y una mano.  
 Mostradle vos la nariz,  
 con el rosado matiz  
 de ese rostro soberano,  
 el hocico y dentadura,  
 cocándole con el dote;  
 que a Magdalena y su bote

olvidará, y por Ventura.  
 digo por mí, a la condesa.  
 Pues si aquí con vos se casa,  
 todo en fin se cae en casa.  
 (De lo parlado me pesa;  
 mas este anillo me quita  
 el frenillo del secreto;  
 que es como salvia en efeto,  
 que la lengua facilita.)

**Aparte**

**Vase VENTURA**

ÁNGELA:  
 No he menester yo más de esto  
 para hacer que se dilate  
 esta boda. Mi amor trate  
 nuevos pleitos, y sea presto;  
 que aunque más celosa estoy  
 de la condesa que escucho,  
 la dilación puede mucho.  
 A buscar mi hermano voy.

**Vase doña ÁNGELA. Sale doña  
 MAGDALENA, con otro vestido, y  
 QUIÑONES**

MAGDALENA:  
 Esto pasa. Yo, Quiñones,  
 soy amada aborrecida,  
 desdeñada y pretendida.  
 ¡Mira mis contradicciones!  
 Cubierta, doy ocasiones  
 a su pasión amorosa;  
 vista, soy fea y odiosa;  
 enamoro y desobligo.  
 Y compitiendo conmigo,  
 de mí misma estoy celosa.

Esta mano causa enojos  
 que esta misma mano enciende.  
 Déjame quien me pretende,  
 por unos mismos despojos.  
 Mal ha dicho de estos ojos,  
 cuando los llama más bellos;  
 huye lo que busca en ellos;  
 y puede la aprension tanto,  
 que es bastante solo un manto  
 a amarlos y a aborrecellos.

Por desposarse conmigo,  
 de mí misma se descasa;  
 y por pasarse a mi casa,  
 deja mi casa, enemigo.  
 Yo que como sombra sigo  
 sus pasos, pues lo parezco,  
 lo que gano, desmerezco;  
 lo que me da gusto, lloro;  
 porque me adora, le adoro  
 y porque no, le aborrezco.

¿Has oído tú jamás  
 caso como este en tu vida?  
 Cosa es ni vista, ni oída;

QUIÑONES:

pero tú la ocasión das.  
 Envidiosa de ti estás,  
 y niegas lo mismo que eres;  
 por ti que te olvide quieres  
 y sin darte a conocer,  
 siendo sola una mujer,  
 te partes en dos mujeres.

Dasle joyas, y conjuras  
 su amor, que no te dará  
 la mano, ni vivirá  
 donde hospedarlo procuras.  
 Que rasgue las escrituras  
 le pides, y niegue el sí  
 que anoche concertar vi;  
 y pues de ti misma agora  
 vencida, eres vencedora.  
 Véngate por ti de ti.

MAGDALENA:

Mira. El verle tan constante  
 en amarme, me enloquece,  
 y en cuanto a esta parte, crece  
 mi fe, a su amor semejante.  
 Según esto, no te espante  
 que me obligue la Fortuna  
 a ser conmigo importuna,  
 y quiera ser sola amada;  
 pues soy dos imaginada,  
 aunque en la verdad soy una.

Sólo en la imaginación  
 vive amor; y siendo en ella  
 dos, una fea, otra bella,  
 tengo celos con razón.  
 En cuanto doy ocasión  
 a que se case conmigo,  
 si soy dos, ya desobligo  
 a la que desprecia y deja,  
 y si no, ya forma queja  
 la que es de su amor testigo.

Como corren por mi cuenta  
 una y otra, he de acudir  
 a entrambas hasta morir,  
 a un tiempo triste y contenta.  
 Premiaréle porque intenta  
 pagar firme mi esperanza,  
 y entonces daré venganza  
 a su injurioso rigor  
 porque el desdén y el favor  
 paguen firmeza y mudanza.

Yo le querré eternamente,  
 y eternamente también  
 se vengará mi desdén  
 de lo que en el suyo siente.  
 De tí misma diferente,  
 tejes contrarios desvelos.

QUIÑONES:

MAGDALENA:

Sólo es poderoso, cielos,  
 en tan proceloso abismo,  
 partir un corazón mismo  
 el cuchillo de los celos.

*Salen doña ÁNGELA, don  
 SEBASTIÁN, don JERÓNIMO, y don*



## ALONSO

- ÁNGELA: Su criado lo confiesa,  
y otros afirman lo mismo,  
que le han contado los pasos.
- SEBASTIÁN: A mí algunos me lo han dicho  
y no lo quise creer,  
hasta que siendo testigo,  
oír mis ojos lo que pasa  
en agravio vuestro he visto.  
Palabra se han dado ya,  
sospecho que por escrito,  
y se hubieran desposado,  
a no habérselo impedido  
la muerte del conde viejo.  
Como sois nuestro vecino,  
sentiré cualquier desgracia,  
que en la casa donde vivo  
os suceda. Remediad  
este daño a los principios;  
que si le dejáis crecer,  
corre riesgo su peligro.
- ALONSO: ¿Don Melchor enamorado  
tan presto? ¿De ayer venido,  
y hoy casado por conciertos?  
¿Quién creará tal desatino?
- SEBASTIÁN: ¿Qué sabéis vos lo que ha  
que el leonés a Madrid vino,  
y los engaños que ha hecho  
disfrazado y escondido?
- JERÓNIMO: A no hablarle don Luís  
en la Vitoria conmigo,  
dudo que a vernos viniera,  
y así la verdad colijo  
que afirma don Sebastián.
- ALONSO: Alto. Si vos lo habéis visto,  
¿qué hay que dudar? Esta corte  
es toda engaños y hechizos.  
No ha de estar un hora en casa,  
Magdalena.
- MAGDALENA: Señor mío,  
más certeza tengo yo  
en las dudas que os he oído.  
Don Melchor, nuestro paisano,  
como más discreto y digno  
de estados y de bellezas,  
que los que en mi empleo ha visto,  
está en vísperas de conde.
- ALONSO: ¿También tú lo sabes?
- MAGDALENA: Quiso  
el cielo desengañarme.  
Su esposa me ha dado aviso  
en la Vitoria hoy de todo;  
que es muy amiga, y me dijo  
que un don Melchor de León,  
aunque pobre, bien nacido,  
viniéndose a desposar  
con otra, en fin, ha podido  
más en un hora con ella

que otro pudiera en un siglo.  
 Hanse parecido bien  
 los dos; de suerte que ha sido  
 del luto de un padre muerto,  
 su presencia regocijo.  
 Ignoraba que era yo  
 la interesada; y convino  
 disimular por sacar  
 toda esta verdad en limpio.  
 En fin, estoy convidada  
 al desposorio el domingo;  
 que es, por su luto, en secreto.

ALONSO:

¡Casamiento repentino!  
 ¿Y quién es esa condesa?

MAGDALENA:

Por hoy no puedo decirlo;  
 que me ha encargado el secreto  
 hasta que esté concluido.

JERÓNIMO:

¡Vive Dios! Si no mirara  
 que él mismo se da el castigo  
 del necio truco que hace...

ALONSO:

¿De qué os alborotáis, hijo?  
 ¿Qué pierde mi Magdalena  
 en que no sea su marido  
 quien tan presto se enamora,  
 que hoy se casa y ayer vino?

MAGDALENA:

Es muy hermosa de manos,  
 tiene los ojos muy lindos,  
 llámala Italia condesa,  
 muere por ser palatino...  
 Muy buen provecho le haga;  
 que ni lo siento, ni envidia  
 las mejoras de su amor.

ALONSO:

¿Hay caso mas peregrino?  
 Mal me paga la amistad  
 que su padre y yo tuvimos;  
 pero es mozo; no me espanto.  
 Vaya con Dios. Yo he cumplido  
 con lo que a su padre debo.  
 Ni es más noble, ni es tan rico...  
 Yo te buscaré consorte  
 caudaloso y bien nacido.

SEBASTIÁN:

Si yo ese nombre merezco,  
 y con mi hermana os obligo  
 a que por hijos troquemos  
 el título de vecinos,  
 doce mil ducados tiene  
 de dote, y siendo los míos  
 seis mil, que de renta gozo,  
 daréis a mi amor alivio.

JERÓNIMO:

Deberéle a don Melchor,  
 si eso se cumple, infinito;  
 pues por dejar a mi hermana,  
 tan bella esposa consigo.

ALONSO:

La oferta me está muy bien,  
 y como vuestra la estimo,  
 aunque para más de espacio  
 los tratos de ella remito.  
 Venga agora el conde nuevo;  
 que el parabién le apercibo  
 sin que de sus mocedades

me piense dar por sentido.

*Salen don MELCHOR y VENTURA*

MELCHOR: (Hoy tengo de despedirme.) Aparte

*A don ALONSO*

ALONSO: ¡Oh, señor! Aquí ha venido  
un capitán de León,  
algo deudo y muy amigo.  
Va a casarse a Talavera,  
y necesita testigos  
que abonen su calidad.  
La cortedad del camino  
me fuerza a que le acompañe.  
Licencia vengo a pedir, y a vos, señora, paciencia  
para reprimir suspiros,  
en vuestra ausencia forzosos.  
Sois cortesano cumplido.  
Andad, don Melchor, con Dios,  
y traed apercebidos  
a la vuelta parabienes;  
que aunque breve, ya imagino  
que hallaréis a Magdalena  
consolada y con marido.

*Vase don ALONSO*

JERÓNIMO: No es el viaje tan largo,  
don Melchor, como me heis dicho,  
ni está de aquí muchas calles  
la posada que ha podido  
alejarnos de la nuestra.  
El pláceme os apercibo  
del título y desposorio.

*Vase don JERÓNIMO*

VENTURA: (Algún Merlín se lo dijo.) Aparte  
SEBASTIÁN: Pésame, como es razón,  
que os hayamos conocido,  
señor, por tan poco tiempo.  
Gocéis la condesa un siglo.

*Vase don SEBASTIÁN*

ÁNGELA: Si no tiene inconvenientes  
el estado clandestino  
que honráis, decidnos el cuándo,  
porque vamos a servirnos.

*Vase doña ÁNGELA*



VENTURA: Quiñones, aquella ropa  
que te di ayer en un lio,  
dos camisas son y un cuello...  
QUIÑONES: Hoy las llevaron al río.  
Acuda a la lavandera  
que se llama Mari-Pinos,  
porque si también se casa,  
aunque roto, vaya limpio.  
Y vueseñoría vea  
a los nietos de sus hijos,  
archiduque al mayorazgo,  
y a los otros arzobispos.

*Vase QUIÑONES*

MAGDALENA: Todos le dan parabienes  
a vuesaíra, y yo he sido  
de diverso parecer,  
pues pésames le dedico  
de su desposorio en ciería.  
Habrá un hora que me dijo  
la condesa, con quien tengo  
mucho amistad, que un su primo  
viene hoy por ella de Italia;  
que está la herencia a peligro  
de sus estados, si deja  
de dar a no sé qué Enrico  
la palabra y sí de esposa;  
y que así al instante mismo  
es fuerza el irse a embarcar  
a Barcelona; que han dicho  
que se parten las galeras,  
y corren riesgo navios,  
porque en toda aquella costa  
andan cosarios moriscos.  
Pidióme que de su parte  
me despidiese a lo fino,  
y enjugó a los soles perlas  
con aquel marfil bruñido,  
en cuya comparación  
es yeso, es carbón el mío,  
y es en fin, una Etiópia.

VENTURA: ¡Oste, puto! ¡Piconcicos!  
MAGDALENA: Por no tizar señorías  
que se quiebran como vidrios,  
no sustituyo condesas,  
que abrasan, y yo granizo.  
Mi padre me busca esposo;  
a obedecerle me animo;  
pésame que vuesaíra  
fue llamado y no escogido.

*Hácele una gran reverencia, y  
vase*

VENTURA: Conde en calzas y en jubón  
te han dejado. Vive Cristo,

que la tapada borracha  
nos la pegó de codillo.  
Patibobo te has quedado;  
alma Garibaya has sido.  
Ni te quiere Dios ni el diablo,  
pues las dos te han despedido.  
Vendamos aquesas joyas  
con que alquilemos hospicios,  
si no son falsas como ellas  
esa firmeza y anillos.

MELCHOR: Volverme quiero a León.

VENTURA: ¿Qué has de hacer allá, corrido  
más que perro por antrajejo,  
sin mujer y sin bolsillo?

MELCHOR: Yo tengo fortuna corta.  
Salgamos de laberintos,  
donde hoy se casan amantes,  
y enviudan al tiempo mismo.  
¡Jesús mil veces, cuál voy!  
¡No más Madrid!

VENTURA: Motolitos  
entran, como tú, brillantes,  
y salen almas del limbo.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

### La celosa de sí misma, Jornada III

---

Texto electrónico por Vern G. Williamsen y J T Abraham  
Formateo adicional por Matthew D. Stroud

[Volver a la lista de textos](#)



[Association for Hispanic Classical Theater, Inc.](#)

---

Actualización más reciente: 22 Jun 2002

---

## ACTO TERCERO

---

*Salen don MELCHOR y VENTURA, de camino*

MELCHOR:           ¿Vino el mozo?  
VENTURA:                       Con dos mulas  
                          tan macilentas y flacas,  
                          que si por Madrid las sacas  
                          dirán que pregonas bulas.  
MELCHOR:           Ponme pues esas espuelas.  
VENTURA:           Los dos, en resolución,  
                          ¿nos volvemos a León?  
MELCHOR:           Ventura, no más cautelas,  
                          no m|s amor de camino.  
                          ¡Hoy ido, y casado ayer!  
VENTURA:           La disfrazada mujer  
                          te quiso bien a lo fino,  
                          como dirá la firmeza  
                          que con treinta y dos diamantes,  
                          a lo culto *rutilantes*,  
                          te asegura su riqueza.  
                          Seiscientos ducados da  
                          a la primera palabra  
                          un platero que los labra.  
MELCHOR:           De memoria servirá,  
                          Ventura, para tenerla  
                          de su dueño mal logrado,  
                          perdido hoy y ayer hallado.  
VENTURA:           Más nos valiera venderla,  
                          pues no saben en León  
                          de los diamantes el precio.  
MELCHOR:           ¿Son allá bárbaros, necio?  
VENTURA:           No, mas montañeses sola,  
                          que sin hacerles injurias,  
                          por vidrios los juzgarán  
                          los que diestros sólo eslán  
                          en azabaches de Astúrias  
                          y no sé yo que tú tengas  
                          para el camino dinero.  
                          Mi anillo compró el platero,  
                          no para que en él prevengas  
                          tu costa, que son mis gajes,  
                          y si me dio treinta escudos  
                          tienen otros tantos fudos.  
MELCHOR:           Para que los aventajes,  
                          prestarásmelos, y allá  
                          te los volveré seguros.  
VENTURA:           ¿Sohre qué hipoteca o juros?

*Va calzando a su amo las espuelas*



No te enojas: bueno está;  
 pues siendo yo tuyo todo,  
 también lo es cuanto poseo.  
 Sólo que vuelvas deseo  
 a nuestra patria de modo  
 que no hagan burla de ti  
 los que el parabién te dieron  
 en León, cuando te vieron  
 venir a casarte aquí.

Ya se fue e la Chirínola  
 la condesa oji-morena;  
 bella es doña Magdalena,  
 y ella te merece sola.  
 Enojada del agravio  
 que la hiciste, no fue mucho  
 que hubiese llanto y celucho.  
 Vuelve a hablarla, si eres sabio.  
 Pídele al viejo perdón.

Intercederá su hermano;  
 daráte la hermosa mano.  
 Parará en paz la cuestión.

Tendrá tu venida el fruto  
 que allá apeteciste tanto,  
 y sin engaños de un manto.  
 ¡Vaya el diablo para puto

MELCHOR:

Si ella fuera tan hermosa  
 como mi condesa ausente,  
 o no estuviera presente  
 en mi memoria amorosa,  
 yo hiciera lo que me dices.

VENTURA:

Dos ojos llegaste a ver  
 y una mano, sin saber  
 si la tal tiene narices;  
 y la Magdalena basta,  
 y aun sobra, para abrasar  
 catorce Troyas, y dar  
 a veinte linajes casta.

Pero cuando no te agrade,  
 de su vecina te dije  
 que por su amante te elige,  
 y que a su hermosura añade  
 doce mil de dote.

MELCHOR:

Todas  
 con mi bella ausente son  
 monstruos.

VENTURA:

Pues, alto á Leon,  
 y enhuérense nuestras bodas.

A poner voy las maletas.  
 Vive Dios, que estás extraño.  
 Huyamos de tanto engaño,  
 y en lo demás no te metas.

MELCHOR:

**Sale SANTILLANA**

SANTILLANA:

¿Vive un caballero aquí,  
 que vino ayer de León?

**VENTURA habla aparte a su amo**

VENTURA: Señor, el escuderón  
que con la condesa vi.  
nos busca.

SANTILLANA: ¡Oh, leonés gallardo,  
bésos el izquierdo pie,  
que en vuestro talle se ve  
el valor de aquel Bernardo  
heredero de Saldaña,  
del Carpio y Asturias gloria.  
También sabemos de historia  
los viejos de la montaña.

VENTURA: (Es demonio el Santillana.) **Aparte**

SANTILLANA: Dejémonos de eso agora.  
La condesa mi señora,  
la que le habló ayer mañana,  
este billete le envía,  
y con él cierto regalo,  
que al de una reina le igualo,  
aunque es de una señoría.

MELCHOR: ¿Luego aquí está la condesa?

SANTILLANA: ¿Pues dónde?

**Hablan aparte don MELCHOR y VENTURA**

VENTURA: Este fué picón.

MELCHOR: Ventura, dale un doblón.

VENTURA: ¡Mas nonada!

SANTILLANA: ¡Lo que os pesa  
de mi bien!

VENTURA: ¿Doblón? primero

doble el sacristán por vos.

MELCHOR: No seas necio. Dale dos.

**A VENTURA**

SANTILLANA: ¿Daislo de vuestro dinero?

¿Son estos los cuatro reales  
de marras?

VENTURA: (Tras el bolsillo **Aparte**  
se va acogiendo mi anillo.)

A muchas dádivas tales  
quedarémos en pelota.

Tome y reviente con él.

MELCHOR: Oye, Ventura, el papel.

VENTURA: Buena letra.

MELCHOR: Y mejor nota.

**Lee**

"Por asegurarme de vuestro amor,  
he fingido jornadas que no pienso hacer,  
y casamientos de que estoy libre, puesto  
que doña Magdalena, engañada por mí,  
haya publicado lo uno y lo otro por

verdadero. Satisfáceos de mis celosas diligencias, y vedme luego en el lugar acostumbrado; que para la costa del camino, que os ruego no hagáis, ese escudero os lleva dos mil escudos y un regalo de dulces y ropa blanca. Reservándoos el principal para cuando sea ya tiempo; que es un alma reconocida a lo mucho que merece vuestra firmeza y valor. -- La Condesa."

Quita espuelas, quita botas despide postas.

VENTURA:

Despido,  
quito botas y vestido.  
¡Dos mil escudos! ¿Qué flotas  
qué vellocino, qué gato  
de avariento tabernero,  
qué talegón de arriero,  
ni qué robo de mulato

MELCHOR:

hay que iguale a nuestra presa?  
¡Que la condesa fingió  
sus bodas! ¡Que no partió  
a Nápoles la condesa!

VENTURA:

¡Que otra vez me quiere hablar!  
¡Que dos mil escudos de oro  
envía! ¡Oh viejo Medoro!  
Por Dios, que te he de besar.

SANTILLANA:

Arre allá. ¿Venís en vos?  
Aún el diablo fuera el beso.  
No está el tiempo para eso.

VENTURA:

¡Mil doblones, y de a dos!  
¿Dos mil escudos envía?  
Dar dos mil abrazos quiero...  
--¡Oh escudos!--...al escudero  
de tan bella escudería.

**A VENTURA, que porfía en abrazarle**

SANTILLANA:

¿Queréis apostar, hermano,  
que os he de hacer acusar

*Lee*

MELCHOR:

"Vedme luego en el lugar  
acostumbrado." ¡Ay mi mano!

VENTURA:

¡Que otra vez tengo de veros!  
¿Dónde el regalo quedó?

SANTILLANA:

Una dueña me guió  
con la ropa y los dineros  
a esta casa, y a la puerta.  
Con todo aguardando está.

MELCHOR:

Venturilla, llámala.  
Veré si es mi dicha cierta;  
que si ella me la asegura,  
cuanto me trae pienso darla  
de albricias.

VENTURA:

Voy a llamarla.



Ahora sí que soy Ventura.  
 Con una y otra cabriola  
 tengo el alma alborotada.  
 ¡Oh, condesa oji-tapada!  
 ¡Bien haya tu Chirinola!

*Vase VENTURA. Don MELCHOR repasa el papel*

MELCHOR: ¡Ay condesa de mi vida!  
 SANTILLANA: (¡Válgate el diablo el leonés! *Aparte*  
 ¿Beso a Santillana?)

MELCHOR: "Que es  
 un alma reconocida  
 a lo mucho que merece  
 vuestra firmeza y valor.  
 La condesa." ¿Hay tal favor?  
 El contento me enloquece.

SANTILLANA: (¿A mí beso? Vive Dios, *Aparte*  
 que a no venir sin espada...)

*Sale VENTURA*

VENTURA: Fuése la dueña tapada,  
 y en talegos, me di dos...  
 ¡esto es crítico!... dos mil  
 escudos y tres tabaques  
 con preciosos badulaques,  
 cuellos de cambray sutil,  
 camisas de holanda, y tal  
 que te la puedes beber,  
 dulces que bastan a ser  
 de Santo Domingo el Real,  
 o de una Constantinopla  
 dechados, para imitarse,  
 y sin querer destaparse  
 sino sola una manopla  
 me dijo, "Paji-lacayo,  
 al conde mi señor diga  
 que su buena suerte siga."  
 Y acogióse como un rayo.

MELCHOR: Vamos, pues, a la Vitoria.

VENTURA: ¿Con botas y con espuelas?

MELCHOR: Ya son de mi amor pihuelas  
 para detener mi gloria.

VENTURA: ¡Oh qué traidores doblones!  
 Cada uno tiene dos caras.  
 Todas son yemas; no hay claras  
 de reales ni patacones.

MELCHOR: Ven, y no te espantes de eso,  
 pues me los presenta un sol.

VENTURA: ¡Oh, escudero chirinol!

SANTILLANA: ¿Mas que vuelve a lo del beso?

*Vanse todos. Salen doña ÁNGELA y  
 QUIÑONES, con manto*

QUIÑONES: Antes de quitarme el manto,

por lo que a tu hermano debo,  
 a ser tercera me atrevo  
 de vuestro amoroso encanto;  
 que aunque sea a mi señora  
 infiel, estoy obligada  
 a tu hermano, y cohechada  
 de mil regalos que agora  
 estorbos han de allanar  
 que su cuidado encarece.  
 Sé lo mucho que merece;  
 mas no se podrá casar  
 con él doña Magdalena,  
 mientras durare el amor  
 que a tu amante don Melchor  
 da por la condesa pena.

Ella fingió su partida  
 a Nápoles por saber  
 si el leonés sabe querer.  
 ¿Luego no es la condesa ida?

ÁNGELA:

¿Luego no se va a casar  
 a Nápoles con su primo?

QUIÑONES:

Su ingenio sutil estimo,  
 Engaño fue por probar  
 si a mi señora quería,  
 y se casaba con ella;  
 pero viendo que atropella  
 tantas cosas en un día,  
 y que se vuelve a León,  
 despreciando la belleza,  
 discreción, sangre y riqueza  
 que juntas a la afición  
 que mi señora le tiene,  
 bastaban a enternecer  
 un mármol, ser su mujer  
 con nuevas trazas previene.

Nuestra doña Magdalena,  
 que para decir verdad  
 tiene extraña voluntad  
 a don Melchor, con la pena  
 y celos de quien adora,  
 en fe que por él se abrasa,  
 para saber lo que pasa  
 me ha hecho su inquisidora.

En efeto, me he informado  
 que ni a Nápoles se va,  
 ni vino a Madrid de allá  
 tío para darla estado.

Antes a su don Melchor  
 obligada, cuando estaba  
 el pie en el estribo, y daba  
 nuevo repudio a su amor,  
 dos mil escudos le envía,  
 y un regalo amante y franca  
 de dulces y ropa blanca...

pero, en fin, es señoría  
 y en la Vitoria le espera,  
 donde tratarán los dos,  
 con la bendición de Dios,  
 echar cuidados afuera  
 y desposarse mañana.

ÁNGELA: Si eso es cierto, muerta soy.  
 QUIÑONES: Yo que este aviso te doy  
 y tengo engaños de indiana,  
 como tú te determines  
 a un hecho digno de fama,  
 daré a tu amorosa llama  
 dichosos y alegres fines.  
 Vístete de luto, y ve  
 a la Vitoria cubierta;  
 que él aguardará a la puerta  
 su condesa; y si te ve  
 tapada y con luto, luego  
 te ha de tener oír su dama,  
 a quien adora por fama,  
 sin que su amoroso fuego  
 haya alcanzado a ver más  
 que una mano y un medio ojo  
 ocasión de tanto enojo.  
 La tuya le enseñarás;  
 que cuando no sea mejor,  
 a lo menos su cristal  
 es a su belleza igual.  
 Dile finezas de amor;  
 agradécele discreta  
 el haber por ti dejado  
 tal mujer; di que tu estado,  
 y voluntad ya sujeta  
 por dueño elegirle ordena  
 y porque en la casa tuya  
 habrá estorbos, en la suya,  
 sin que doña Magdalena  
 lo sepa, esta tarde quieres  
 darle de esposa la mano.  
 Él con tal favor ufano,  
 sin consultar pareceres,  
 que no los admite Amor,  
 te guiará a su casa luego.  
 Darás alivio a su fuego,  
 y dueño noble a tu honor.  
 Pues no habiendo visto, en fin,  
 de la condesa la cara,  
 si en tu hermosura repara,  
 retrato de un serafín,  
 ¿quién duda que en su provecho  
 engañado, si lo sabe  
 después, su dicha no alabe,  
 y te adore satisfecho?  
 Quedaráse la condesa  
 burlada; dará a tu hermano  
 mi señora el alma y mano;  
 y viendo lo que interesa  
 don Jerónimo, después  
 que por perdida te llore,  
 podrá ser que se enamore  
 de la condesa, y los tres  
 os caséis por causa mía.  
 Tú y don Melchor; mi señora,  
 y tu hermano que la adora;  
 y con una señoría  
 don Jerónimo, porque haya



mejor fin del que se espera,  
de tres yo casamentera,  
y un amor de tres en raya.  
ÁNGELA:            ;Determinación terrible!  
Pero a un grande daño es medio  
forzoso otro igual remedio,  
y sin ése no es posible  
atajar el que yo lloro,  
si se intentan casar hoy.  
Resuelta en seguirle estoy,  
que al leonés gallardo adoro.  
Salga yo bien de este enredo,  
y daréte un dote igual  
a tu ingenio.

QUIÑONES:            La señal  
con que asegurarte puedo,  
es el bolsillo que ves,  
y lleno de escudos dio  
don Melchor, la vez que habló  
a la Condesa. Después  
te diré de la manera  
que vino a mi posesión.  
Cuélgatele del cordón;  
asegura esta quimera,  
y vete a vestir de luto.

ÁNGELA:            No pierdas por tu tardanza  
El fruto de tu esperanza.  
Y la vida con el fruto.  
Notables cosas intento.  
;Ay tirano don Melchor!  
Anime mi firme amor  
este extraño atrevimiento.

*Vase doña ÁNGELA*

QUIÑONES:            Si doña Ángela se casa  
con don Melchor, de este modo  
a mi señora acomodo  
con don Sebastián, y en casa  
se queda todo el provecho.  
Pues que después de casados  
me quedarán obligados  
y mi interés satisfecho.  
A alargar la dilación  
de mi ama voy agora,  
porque su competidora  
le gane la bendición.

*Vase QUIÑONES. Salen don MELCHOR y don LUIS*

LUIS:                Ya os juzgaba una jornada  
de aquí.

MELCHOR:            Nuevas ocasiones  
dan a mi amor dilaciones.  
Aquella dama tapada  
que ayer vistas enlutada,  
ha de volver hoy aquí.

LUIS.                ;No fue la Condesa

MELCHOR:

Sí.

LUIS:

Pues ella ¿no se partió  
a Nápoles?

MELCHOR:

Primo, no;  
que a Italia deja por mí.  
Vos me veréis conde presto,  
y dueño de una hermosura  
que dé envidia a la ventura,  
y a mi amor un alto puesto.

LUIS:

Ya el parabién os apresto;  
aprestad vos a mi pena  
el pésame, pues ordena,  
para que muera y me abrase,  
que don Sebastián se case  
con mi doña Magdalena.

Don Jerónimo ha pedido  
a doña ÁNGELA, y el viejo  
aprobando su consejo,  
da a mi tirana marido.  
Estoy de celos perdido,  
y si se casan los dos,  
podrá ser, primo, por Dios,  
que algún disparate intente  
porque mi amor no consiente  
celos de otro que de vos.

MELCHOR:

Vivid vos seguro de esos,  
porque yo no me casara  
con ella, si despojara  
al Potosí de sus pesos.  
Por los ojuelos traviosos  
que adoro, y ya llamo míos,  
hace mi amor desvaríos,  
y esotros me dan enojos,  
que son muertos, si son ojos,  
y si son soles, son fríos.

LUIS:

Consiéntoos hablar mal de ellos  
por lo bien que eso me está;  
puesto que el cielo podrá  
poner sus luces en ellos.  
Gozad vos los vuestros bellos  
mil años con dulce fruto,  
que mientras os dan tributo,  
si mis celos ponderáis,  
en esta ocasión mezcláis  
vuestras bodas con mi luto.

*Vase don LUIS. Sale VENTURA, y después  
doña ÁNGELA, de luto como doña Magdalena y  
tapada*

VENTURA:

Ea, señor, ya ha llegado  
nuestra condesa dorada,  
que a quien da dos mil escudos  
así quiero intitularla.  
Llega haciendo reverencias  
o paternidades, y habla.  
Mil doblones te envió;  
dobla las rodillas ambas.

MELCHOR:

¡Oh, hermosa señora mía,

¿Cuándo ha de romper el alba  
 los crepúsculos oscuros,  
 de ese sol nubes avaras?  
 ¿Cuándo dirá mi ventura,  
 después de noche tan larga,  
 que el cielo corrió cortinas,  
 y amaneció la mañana?  
 VENTURA: ¿Cuándo, o bella Chirinola,  
 costurera ballenata,  
 pues con agujas del sol  
 no cosistes ropa blanca  
 desnudándoos ornamentos,  
 pues alba mi amo os llama,  
 los dos os podremos ver  
 en sobrepelliz o en alba?  
 ¿Cuándo dirá, "¡Ropa fuera!"  
 el ciego Amor que os enmanta,  
 o rasgará, por leerlos,  
 la cubierta de esa carta?  
 MELCHOR: Apártate allá, Ventura.  
 VENTURA: Toda ave a la aurora canta,  
 el jilguero y el gorrión.  
 Música hay también lacaya;  
 mi parte tengo en el coro  
 canta y cantemos.

MELCHOR: Aparta.  
 VENTURA: (Y en los dulces, ya yo he dicho **Aparte**  
**Ite, missa est** a dos cajas.)

ÁNGELA: Mala noche os habrá dado  
 mi mentirosa jornada,  
 prueba de vuestra firmeza,  
 vitoria de mi esperanza.

MELCHOR: Es así; pero no es mucho  
 pasar una noche mala  
 por un día tan alegre.

ÁNGELA: Quedándoos vos en España,  
 mal se pudiera partir,  
 quien os quiere tanto, a Italia;  
 pues pasara de vacío  
 Amor, un cuerpo sin alma.

MELCHOR: Dadme por esa merced  
 a besar la nieve helada  
 del puerto de mis deseos.

VENTURA: Quitad la encella a esa nata  
 si es que hay natas con encellas;  
 que yendo a decir "cuajada,"  
 andan, desde que hablan cultos,  
 las metáforas bastardas.

ÁNGELA: No es mano de cada día  
 un ojo enseñaros basta,  
 réditos de vuestro amor,  
 que mi principal os paga.

MELCHOR: Eso fue pagarme en oro,  
 cuando os ejecuto en plata;  
 que al buen pagador, señora,  
 no le duelen prendas.

VENTURA: ¡Vaya!  
 Hoy cobramos en doblones,  
 puesto que ojos con pestañas



es moneda de vellón;  
 mas, o mi vista se engaña,  
 o no es ese ojo el de ayer;  
 que su niña era mulata,  
 y hoy se ha vestido de azul,  
 que llama el vulgo, de garza.  
 Anda, necio.

MELCHOR:  
 VENTURA:

¡Vive Dios!

Que era endrina toledana  
 la niñeta que ayer vimos,  
 y hoy nos mira turquesada;  
 pero no te espantes de esto,  
 que ha venido de Alemania  
 un maestro que tiñe ojos,  
 como otros cabello y barbas.  
 No hagáis caso de este necio;  
 que yo doy crédito al alma,  
 que con pinceles más vivos  
 en mi memoria os retrata.

MELCHOR:

Yo sé que es ése el que adoro;  
 mas ¿qué es esto? ¿Otra enlutada?  
 Serán como cartas de Indias  
 que se escriben duplicadas.

VENTURA:

*Sale doña MAGDALENA, de luto*

MAGDALENA:

Sólo en vuestro noble trato  
 estribó la confianza,  
 don Melchor, que hice de vos,  
 pero pues tan presto os falta,  
 y venido de antayer,  
 me ocupan mantos la plaza  
 que pensé yo que era mía,  
 cuando la juzgué estar vaca.  
 Con desengaños costosos  
 dando libertad al alma,  
 a precio de algún suspiro,  
 podré ya volverme a Italia.  
 Gocéis la ocupación nueva  
 mil años; que escarmentada  
 en mí misma, sabré, en fin,  
 lo que son hombres de España.

*Hace que se va*

MELCHOR:

Señora, señora mía,  
 no desdeñéis enojada  
 la confusión de un amor  
 que ni os conoce ni agravia.  
 ¿Sois vos mi hermosa condesa?

MAGDALENA:

Que era vuestra, imaginaba  
 quien colige de esas dudas  
 que sois de memoria flaca.  
 Presto me desconocéis.  
 Adiós.

MELCHOR:

¡Ay, condesa amada!

O no os vais, o daré voces.

ÁNGELA:

¿Condesa? ¿Hay traición más rara?

¿Luego otra condesa ha habido  
en la corte, en cuyas llamas  
os abrasáis?

VENTURA:

(Hay agora

**Aparte**

señorías muy baratas.)

ÁNGELA:

Gracias a Dios, que con tiempo,  
aunque el llanto la costa haga,  
podrá hacer mi libertad  
una bella retirada.  
No creyera yo, hasta verlo,  
que en las leonesas montañas,  
de la suerte que en la corte,  
engaños se avecindaran.  
Discreto fue mi recato  
en no enseñaros mi cara.  
Poco hay perdido hasta agora;  
mi nombre ignoráis y casa.  
Si hiciéredes diligencias  
para saberla, mañana  
a Nápoles me escribid  
porque me alcancen las cartas.  
Adiós.

*Quiere irse doña ÁNGELA*

MELCHOR:

Condesa, mi bien,  
oíd, escuchad. ¡Qué extrañas  
confusiones me persiguen!

VENTURA:

(¡Qué gentil chirinolada!)

**Aparte**

ÁNGELA:

No quiero llevar memorias  
que entristezcan mi jornada.  
De este bolsillo me hicistes  
antiyer depositaria.  
Pues el dueño pareció,  
aunque a vos no os hará falta  
pues que con dos mil escudos  
mi libertad se rescata,  
haced alguna obra pía  
con su valor, o dad traza  
de engañar con él condesas  
en oír misa ocupadas;  
que yo hiciera mi camino  
satisfecha, si mezclara  
en los dulces rejalgar,  
ponzoña en la ropa blanca  
e imitando a Deyanira,  
la ingratitude castigara  
de un hombre tan descortés.

MAGDALENA:

¿Qué es esto, ilusión pesada?  
¿Vos de Nápoles condesa?  
¿Vos en el disfraz velada  
de un manto, en esta capilla  
fuístes antiyer la causa  
de la confusion presente?  
¿Vos dinero, ropa blanca  
y dulces a don Melchor?

ÁNGELA:

Diréis que no. Cosa es llana;  
que como en el luto y nombre  
usurpáis mi semejanza,

querréis de ajenos presentes  
 levantaros con la gracias.  
 Gozadlas enhorabuena;  
 que si esta prenda no basta

**Enseña el bolsillo de don MELCHOR**

VENTURA:  
 MELCHOR:

a desengaños tan ciertos,  
 ellos me darán venganza.  
 Ésta probó su intención.  
 A satisfaccion tan clara,  
 ¿quién pondrá, condesa mía,  
 dudas, pleitos, ni demandas?  
 En vuestro favor sentencia  
 tan reconocida el alma  
 cuanto confusa de ver  
 vencida a vuestra contraria.  
 Señora, a quien no conozco,  
 que me pesa, os doy palabra,  
 de condenaros en costas  
 de una burla tan pesada.  
 Si hacerla de mí quisisteis,  
 desazónaseos la traza.  
 Vuestras armas os hirieron;  
 idos a curar a casa.  
 (Mamóla su señoría.

VENTURA:

**Aparte**

¡Oh condesa redomada!  
 La picardía os gradúa  
 con la borla de bellaca.  
 (Yo estoy de suerte perdida,  
 que si no me desengañan  
 que duermo, daré mil voces,  
 aunque peligre mi fama.)  
 Sutilezas de Madrid  
 me habrán robado de casa  
 ese bolsillo que encierra  
 los hechizos que me encantan.  
 Ya me pesa que no hayáis  
 visto, don Melchor mi cara  
 porque enseñándoosla agora,  
 viérades quien os engaña.  
 Pero esperad. ¿Conocéis  
 aqueste ojo?

MAGDALENA:

**Aparte**

MELCHOR:

¡Ay sol del alma!  
 ¡Ay norte de mis deseos!  
 ¡Ay gula de mi esperanza!  
 ¡Y cómo que le conozco!

VENTURA:

(¿Ya empezamos nuevas chanzas?  
 Bolsillo y ojos compiten.  
 Ofrezcoos al diablo a entrambas.)  
 ¿Acordáisos de los cabos  
 que de mi cordón colgaban  
 cuando el ladrón los cortó?

**Aparte**

MELCHOR:

Dos trenzas eran de nácar.  
 ¿Son éstas?

MAGDALENA:

MELCHOR:

Sí, mi señora.

MAGDALENA:

Juzgad agora quien causa,  
 de vos o de mí envidiosa,



ÁNGELA: los enredos que me agravian.  
 Los cordones del bolsillo,  
 que con sutileza tanta  
 me cortó no sé yo quién,  
 en misa estotra mañana,  
 téngolos guardados yo,  
 y aquésas son señas falsas  
 pues para contrabacerlos,  
 hay en la corte seda harta.  
 MELCHOR: Ventura, ¿qué dices de esto?  
 VENTURA: Que ha sido almendra preñada  
 nuestra condesa de a dos,  
 o erizo con dos castañas,  
 huevo que dos yemas tuvo,  
 y aunque con cáscara entrambas,  
 tu amor, que es gallina clueca,  
 hoy estas dos pollas saca.  
 MELCHOR: ¡Problemática cuestión!  
 Dos sendas hallo encontradas,  
 y yo indiferente entre ellas,  
 ignoro por cuál me vaya.  
 Pero la mano, que fue  
 de mi amor primera causa,  
 tengo dentro el alma impresa,  
 y la memoria la guarda.  
 Mostradme, señoras mías,  
 cada cual la suya y salga  
 vitoriosa la que obligue  
 que mi amor llegue a besarla.  
 MAGDALENA: Soy contenta.

ÁNGELA: Y también yo.

*Salen don JERÓNIMO y don SEBASTIÁN,  
 hablando en el fondo*

MAGDALENA: (¡Ay, Dios! ¡Mi hermano! Si me halla **Aparte**  
 aquí, ocasiono su enojo.)  
 ÁNGELA: (¡Mi hermano es éste! No hay traza **Aparte**  
 de salir con mis contentos.)  
 MAGDALENA: Ya estaba determinada  
 de que mi mano ofendida  
 deshiciese esta maraña;  
 pero no lo mereceis.  
 Adiós. (¡Ay! ¡Cuál voy!)  
**Aparte**

*Vase doña MAGDALENA*

ÁNGELA: (¡Qué vaya **Aparte**  
 vencida mi opositora!)  
 Como salieran a plaza  
 su mano agora y la mía,  
 la vitoria se declara  
 por mi parte. Pues se va  
 y, yo por vos agraviada,  
 de vuestro incrédulo amor  
 me vengo con no mostrarla.  
 Mañana intento partirme.

Ved qué mandáis para Italia.

*Vase doña ÁNGELA. Don MELCHOR y VENTURA, en el proscenio; don JERÓNIMO y don SEBASTIÁN, quedan retirados*

VENTURA: ¿Volverémos por las mulas?  
¿Qué te quedas hecho babia?  
Ds mil escudos nos dejan.  
¡Bercebú con ellas vaya!

MELCHOR: ¿Hay caso que iguale al mío?

VENTURA: Ni sé si es dicha o desgracia.  
Mas don Jerónimo es éste,  
y su vecino. Si tratas  
de componerte con ellos,  
llega a hablarlos. Dos hermanas  
te adoran. Pídeles una.  
A aqueste lado te aparta.

JERÓNIMO: No hay que reparar en dotes,  
pues solo mi amor repara  
en los de naturaleza  
que a doña Ángela acompañan.  
Ya están los contratos hechos  
casados con dos hermanas,  
mediando lazos, Amor  
reciprocará cuatro almas.

SEBASTIÁN: La mía reconocida  
os rinde infinitas gracias  
por el dueño que la dáis,  
tierno alivio de mis ansias.

*Reparando en don MELCHOR*

JERÓNIMO: ¿No es éste el conde de anillo?

SEBASTIÁN: El mismo, aunque le juzgaba  
cinco o seis leguas de aquí.

JERÓNIMO: Por no ocasionar palabras,  
que reducidas en obras  
averiguen las espadas,  
fingiré que no le veo.

SEBASTIÁN: Hacéis bien. Vamos a casa.

*Vanse los dos*

VENTURA: No te han visto, o no han querido.

MELCHOR: ¿Será posible que haya  
historia como la mía,  
en cuantas dan alabanza  
a poéticas ficciones?

VENTURA: (¡Oh qué comedia tan brava      *Aparte*  
hiciera, a ser yo poeta,  
si escribiera aquesta traza!)

*Sale SANTILLANA*

SANTILLANA: La condesa mi señora,

aunque dice que enojada  
 con vos se partió de aquí,  
 que vais esta noche os manda  
 a la una, no a las doce  
 porque entonces se despachan  
 provisiones por Madrid,  
 que trocara yo por ámbar,  
 a la calle donde vive  
 doña Magdalena, dama  
 que vos diz que conocéis,  
 que por no sé qué desgracia  
 que la condesa recela  
 con quien intenta llevarla  
 a Nápoles, esta noche.  
 Teme volver a su casa,  
 y así se queda en estotra.  
 Dice, en fin, que a una ventana,  
 que sale a una calle estrecha,  
 para hablaros os aguarda;  
 pero que no ha de saber  
 doña Magdalena nada  
 de lo que por mí os avisa;  
 que habrá carambola extraña.  
 No me encargó la respuesta.  
 Si habéis de ir, catarros andan;  
 aforraos con media azumbre,  
 y dos cofietas colchadas.

**Vase SANTILLANA**

MELCHOR: Oid, escuchad...  
 VENTURA: Es sordo.  
 MELCHOR: ¿Qué dices de esto?  
 VENTURA: No vayas;  
 que temo que han de cogerte  
 su hermano y padre en la trampa.  
 MELCHOR: ¿Para qué?  
 VENTURA: Para casarte,  
 o pedirte la palabra  
 que diste a su Magdalena.  
 MELCHOR: ¿Cómo? Si ves que se casa  
 con don Sebastián.  
 VENTURA: No sé.  
 No imagino que le faltan,  
 sin que en su casa se hospede  
 a la condesa, posadas.  
 Don Jerónimo, sentido  
 del desprecio de su hermana,  
 fingiendo no conocerte,  
 junto a ti sin hablar pasa...  
 MELCHOR: Mira lo que haces primero.  
 Si la condesa me llama,  
 no hay que mirar, ni temer  
 que venga el recaudo basta  
 en nombre de mi señora.  
 Pero ¿cuál será de entrambas?  
 ¿La primera, o la segunda?  
 VENTURA: Eso, averigúelo Vargas.



*Vanse. Sale doña MAGDALENA, con otro vestido,  
y QUIÑONES, con el bolsillo de don MELCHOR en la  
mano*

QUIÑONES: Vesle aquí, que de guardado  
le daba yo por perdido.  
(A no haber antes venido  
doña Ángela, ¡en buen cuidado  
me había puesto!)

**Aparte**

MAGDALENA: Hubiera dado  
Quiñones, yo cualquier cosa,  
aunque estuviera quejosa  
de ti, porque te le hurtaran,  
y estos enredos hallaran  
salida menos dudosa.  
Ése, ú otro como él,  
a don Melchor engañó,  
y otra mujer como yo  
turbó mi esperanza fiel.  
Hablóle ciega por él;  
y teniéndola por mí,  
que le daba cuenta oí  
de mi amor distintamente,  
desde el instante presente,  
hasta el punto que le vi;  
lo que pasó en la Vitoria  
cuando el bolsillo me dió,  
lo que en casa sucedió,  
de mis agravios la historia,  
su camino y la memoria  
del regalo que le hice,  
que a Italia se parte dice,  
y que es la condesa prueba.  
Mira tú si hay Circe nueva  
que así engañe y así hechice.

QUIÑONES: ¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

MAGDALENA: Eso me tiene perdida.

QUIÑONES: Ya de otra dama ofendida,  
no tendrás de ti recelo.

MAGDALENA: Con ese mismo desvelo  
quejas de mí misma doy;  
pues si la condesa soy  
que él ama y mi opositora  
finge estar la misma agora,  
mal conmigo misma estoy.  
Como a condesa, ¿no me ama,  
don Melchor?

QUIÑONES: Por ti se enciende.

MAGDALENA: ¿Ser condesa no pretende  
mi enemiga?

QUIÑONES: Así se llama.

MAGDALENA: Luego, si una misma llama  
causa aqueste frenesí,  
y yo quien le abrasó fui  
aunque esotra lo enamore;  
mientras en ella me adore,  
celosa estaré de mí.

Dame tú que ella dijera  
ser Magdalena fingida,

y vieras que aborrecida  
de ella como de mí huyera.  
Mira que extraña quimera  
causa este ciego interés;  
que en tres dividirme ves,  
y aunque una sola en tres soy,  
amada en cuanto una, estoy  
celosa de todas tres.

QUIÑONES: Parece juego de manos.

¡Lindos desvelos te matan,  
mientras que casarse tratan  
hoy hermanas con hermanos!

MAGDALENA: Saldrán sus conciertos vanos.

QUIÑONES: Tu padre, don Sebastián  
y don Jerónimo están  
sobre esto encerrados.

MAGDALENA: Traten  
que estos celos no me maten  
Quiñones, y acertarán.

Ya es tarde. Di que indispuesta,  
temprano me recogí  
si preguntaren por mí.

QUIÑONES: ¿No sosegaste esta siesta?

MAGDALENA: Soy me a mí misma molesta,  
porque compito conmigo.

QUIÑONES: ¿Quiéreste acostar?

MAGDALENA: ¿No digo  
que sí?

Ven pues.

QUIÑONES:  
MAGDALENA:

A velar  
voy amor, por esperar  
en mi amante a mi enemigo.

*Vanse las dos. Salen don MELCHOR y VENTURA, como de  
noche*

MELCHOR: Ésta es la calle aplazada,  
y la ventana una de éstas,  
que mis esperanzas verdes  
sus verdes hierros enredan.

VENTURA: No hará a lo menos la calle  
información de limpieza,  
ni es malo aquí un romadizo  
con dos botas de diez suelas.

MELCHOR: ¿Las cuántas son?

VENTURA: El cahiz  
dio Santa Cruz, y ya empiezan  
perfumeras mantellinas  
a arrojar quintas esencias.

MELCHOR: ¡Agradable oscuridad!

VENTURA: Salen la luna y estrellas  
de medio ojo, porque imiten  
nuestras dos chiri-condesas.

MELCHOR: ¿Cuál la que adoro sería?

¿O qué es lo que la otra intenta  
con engaño semejante?

¡Que estoy loco!

VENTURA: Por las señas  
del bolsillo y los cordones

en derecho suyo alegan  
 cda cual valientemente.  
 ¡Bercebú que caiga en ellas!  
 ¡Que dos mujeres tapadas  
 hacer con los mantos puedan  
 tan sutil transformación!  
 Son pandillas encubiertas.

MELCHOR:

VENTURA:

*Sale doña MAGDALENA, a una  
 ventana*

VENTURA:

Pero una cara se asoma  
 por los claros de esa reja;  
 que aquella brizna de luna  
 sirve de perro de muestra  
 Dices bien.

MELCHOR:

MAGDALENA:

MELCHOR:

MAGDALENA:

MELCHOR:

¿Es don Melchor?  
 ¿Sois vos, mi enlutada bella?  
 Bajad la voz y acercaos,  
 que estamos en casa ajena.  
 ¿Cuándo he yo de merecer  
 ver ese cielo de cerca?  
 Que para mí el mismo efeto  
 hace el manto que una ausencia.  
 Cuando menos enojada  
 esté yo, y más satisfecha  
 de que vos no ocasionáis  
 disfrazadas competencias.  
 Yo sé bien que conocistes  
 a quien me ofende.

MELCHOR:

Estad cierta  
 que a conocerla o amarla,  
 ni ella lo que no es fingiera,  
 ni yo os burlara.

MAGDALENA:

MELCHOR:

MAGDALENA:

MELCHOR:

¿Es hermosa?  
 Dudo yo de que lo sea  
 quien pretende acreditarse  
 vendiendo hermosura ajena.  
 Ahora bien, yo os doy perdón  
 como propongáis la enmienda.  
 La enmienda supone culpa,  
 y yo nunca os hice ofensa.  
 Mas, mi bien, si al que perdona,  
 humilde la mano besa  
 el perdonado, no es justo  
 que yo este derecho pierda.  
 Honre ese cristal mis labios.

MAGDALENA:

MELCHOR:

VENTURA:

MELCHOR:

VENTURA:

MELCHOR:

Está tan alta esta reja,  
 que no podréis alcanzarla.  
 Para amor todo está cerca.  
 Venturilla, ah, mi Ventura.  
 ¡Bueno, por Dios! ¿Me requiebras?  
 Más barbón soy que un peraille.  
 Ponte aquí debajo. Llega.  
 ¡Arre allá! ¿Qué diablos dices?  
 Para que la mano pueda  
 alcanzar de un serafín,  
 sé Atlante de mi firmeza.



VENTURA: Tus espaldas me sublimen.  
 ¡Mal año! Busca una yegua  
 o el banco de un herrador;  
 que soy macho y no eres hembra.

MELCHOR: Hazme esta merced, que así  
 quiero llamarla.

VENTURA: Dijeras  
 servicio, que agora hay hartos  
 que a todo Madrid inciensan.

MELGHOR: Enojárame contigo.

VENTURA: ¿Yo dehalo de ti? ¡Afuera!  
 ¡Ni aun de burlas, vive Dios!  
 Echa esa carga a otra bestia.

MELCHOR: ¿Si este vestido te doy?

VENTURA: Extrañamente me aprietas.  
 Por esta vez, vaya.

MELCHOR: Ponte.

VENTURA: Acabemos, sube y besa,  
 que ya estoy en cuatro pies.

*Don MELCHOR sube encima de las espaldas de VENTURA*

MELCHOR: Mas si luego no te apeas,  
 advierte que se enhermanan  
 los mulos de aquesta recua.  
 ¡Ay hermosa mano mía,  
 qué amorosa, dulce y tierna  
 alimentáis mi esperanza!

*VENTURA habla bajo a su amo*

VENTURA: ¡Ay, pelmazo, y cómo pesas!

MELCHOR: ¡Qué de ello debo a esta mano!

MAGDALENA: Presto, llamándola vuestra,  
 presos al yugo de amor,  
 no habrá quien el nuestro ofenda.

MELCHOR: ¡Qué suave para mí,  
 será su carga ligera!

VENTURA: (Como para mí pesada  
 la mía. )

*Aparte*

*Bajo a su amo*

MELCHOR: Costal de arena,  
 acaba con Satanás;  
 que pesas más que una deuda  
 y estoy, sin ser corcovado,  
 como salchichón en prensa.

MELCHOR: ¡Mi cielo, mi luz, mi gloria!

MAGDALENA: ¡Mi dueño, mi bien, mi prenda!

VENTURA: (¡Mi rollo, mi pesadilla!  
 ¡Cuerpo de Dios con la flema!  
 Chicolíos a mi costa.)

*Aparte*

*Déjase caer, y baja don MELCHOR*

MELCHOR: ¡Ah borracho!

VENTURA: No te apeas,  
y soy mula de alquiler  
que cuando la cansan, se echa.

MELCHOR: ¡Vive Dios! Si no mirara...

VENTURA: Mira o no mires, a cuestras  
con seis quintales de plomo,  
no hay espaldas ni paciencia.

MAGDALENA: Ahora bien, don Melchor mío,  
puesto que el dejaros sienta  
como la vida, no es justo  
que os engañe mas, ni ofenda.  
Mañana me parto a Italia;  
que obligaciones molestas  
de quien, con pensión de un primo,  
me ha nombrado su heredera,  
me mandan casar con él;  
y la vejez me atormenta  
de un tío, que riguroso  
añade prisas a penas.  
Hoy por vos me he detenido;  
mañana a Italia me llevan.  
¡Ay! ¿Quién memorias dejara  
del modo que el alma os deja?  
Mas, pues esto no es possible,  
y de doña Magdalena,  
a quien quiero como a mí,  
sé que os adora, quisiera  
pagar las obligaciones  
de su amistad y nobleza,  
y no tengo, sino es vos,  
quien me saque de esta deuda.  
Ella os ama; vos sois pobre;  
su calidad y riqueza  
es igual a su hermosura;  
que os persuada me ruega.  
Para esto vine a su casa.  
No habrá consuelo que pueda  
oponerse a mis pesares,  
como el ver que me suceda  
tal amiga en tal amante.  
Pagad noble su firmeza,  
y haced cortés lo que os pido,  
por ser la cosa postrera.

MELCHOR: Si eso es cierto, ausente mía,  
y mis desdichas ordenan  
que para afligir memorias,  
hoy os gane, y hoy os pierda,  
aunque lo que me mandáis  
tan pesado me parezca  
como el morir, pues con vos  
la misma hermosura es fea;  
porque sepáis los quilates  
de mi amor, y en lo que precia  
las leyes de vuestro gusto  
el valor de mi obediencia;  
digo, --¡ay Dios, y qué forzado!--  
digo, en fin, que os doy promesa  
de hacer lo que me mandáis  
aunque sé por cosa cierta

que el casarme y el morir  
será todo uno. Mas muera  
en su yugo aborrecible  
quien perdió vuestra belleza.

MAGDALENA: ¡Espejo de amantes sois!  
Esperad, y llamaréla;  
que os habéis de dar las manos,  
siendo el tálamo esta reja.  
¿No gustáis vos de esto?

MELCHOR: ¿YO?  
¿Qué gusto queréis que tenga,  
si por el vuestro me rijo?

MAGDALENA: No la habléis con aspereza  
decidla muchos regalos.

MELCHOR: Podrá fingirlos la lengua;  
pero el alma, es imposible.

MAGDALENA: ¿Y qué! ¿Os casaréis con ella?

MELCHOR: Digo, señora, que sí.

MAGDALENA: ¡Ah traidor! ¡Y quién tuviera  
fe en voluntades de vidrio  
que al primer golpe se quiebran!  
En fin, habéis confesado  
al primer trato de cuerda  
que basta a hacerlos mudable,  
con ser fingida, una ausencia.  
Quedaos para poco firme;  
que yo haré elección mas cuerda  
de quien mi firmeza iguale.

MELCHOR: Mi bien, mi luz, mi condesa,  
no os vais, esperad, oídme.  
¿Qué queréis?

MAGDALENA: ¿Qué queréis?  
MELCHOR: Que no os ofenda  
lo que imaginaba yo  
que con vos de estima fuera.  
Si vos me mandáis casar  
con quien sé yo que estáis cierta  
que por vos he aborrecido;  
y puede mas la obediencia  
de vuestra ley que mi gusto;  
¿será razón que merezca,  
cuando esperaba alabanzas,  
tan mal pagadas finezas?  
¿No me lo mandasteis vos?

MAGDALENA: ¿Quién mandó jamás de veras,  
aunque se fuese a las Indias,  
a su amante que a otra quiera?  
Esperaba excusas yo  
que mis ruegos convencieran,  
y a amaros más me obligaran,  
pintándome faltas de ella.  
Creí oíros decir  
que era fría, que era necia,  
y que os mandara dar muerte,  
antes que casar con ella.  
(¡Qué esté yo de mí celosa,  
y en cuanto soy la condesa,  
me pese que don Melchor  
ser mi esposo me prometa!  
Extraña condición tengo!)

MELCHOR: No haya más, mi airada bella.

Aparte



Si os ofendí, perdon pido;  
 pare en paz esta pendencia.  
 Yo os juro por la hermosura  
 que en vos mi amor considera;  
 que no hay monstruo para mí,  
 como doña Magdalena.  
 Si aunque a Nápoles os vais,  
 y aunque más oro me dieran  
 que en las entrañas del mundo  
 los rayos del sol engendran,  
 pusiera en ella los ojos...

*Doña MAGDALENA habla con distinta voz,  
 fingiendo que es doña Magdalena que llega*

¿Qué es esto?

*Responde con la voz que primero*

¡Oh amiga! Llegas;  
 que aquí está tu don Melchor  
 haciéndote mil ofensas.  
 Averíguas con él,  
 ya que llegaste a entenderlas;  
 que yo me voy a dormir  
 para que mañana pueda  
 madrugar a mi jornada.

*Retírase, y vuelve un momento después,  
 para aparentar que se va  
 la Condesa y se queda doña MAGDALENA*

Quien habla mal en ausencia  
 de mujeres principales  
 sin llegar a merecerlas,  
 en fe de poco cortés  
 cual vos, bien será que pierda  
 como el crédito conmigo,  
 el amor de la condesa.  
 Sois muy limitado vos  
 de entendimiento, y es fuerza  
 que no alcancéis lo que valen  
 los quilates de mis prendas.  
 Mal juzgará de colores  
 un ciego, ni de bellezas  
 el montañés, que templado  
 está al gusto de una sierra.  
 Las de León os sazonen  
 el vuestro; que en esta tierra,  
 hilando amor tan delgado,  
 no alcanzáis sus sutilezas.

*Vase, y cierra la ventana*

VENTURA:            ¡Ventanazo, vive Cristo!  
 Y pullas a pares echan,

sin decirnos, "Agua va."  
 ¡Bercebú que las entienda!  
 Alto a casa, y quedensé  
 ambas a dos para hembras.  
 ¡Hay sucesos semejantes!

MELCHOR:

*Salen don ALONSO, don LUIS, don JERÓNIMO, don  
 SEBASTIÁN, y CRIADOS, con luces*

ALONSO: ¿En la calle a Magdalena  
 que hablaba un hombre, me dices?  
 JERÓNIMO: Esto es verdad.

*A su amo*

VENTURA: Falsas puertas  
 abren; acojamonós,  
 si no quieres que nos muelan.  
 SEBASTIÁN: Aquí se están todavía.  
 ALONSO: Éste es don Melchor.  
 JERÓNIMO: Pues muera.  
 VENTURA: Cogido nos han la calle.  
 Quiera Dios que por bien sea.

*A don MELCHOR*

ALONSO: ¿Qué ocasión puede moveros  
 si no es locura, a que venga  
 a hablar por rejas de noche  
 quien de día ser pudiera  
 señor de esta casa misma,  
 si no es que afrentar intenta  
 a quien ronda como a dama  
 quien de ser su esposo deja!  
 MELCHOR: ¿Yo? Engañáisos si pensáis

que por doña Magdalena  
 rondo calles y ventanas.  
 ALONSO: Pues ¿por quién?

MELCHOR: Por la condesa,  
 que es mi esposa, y me mandó  
 que aquesta noche viniera,  
 y agora de aquí se aparta,  
 y en vuestra casa se hospeda.  
 ALONSO: ¿Condesa en mi casa?

MELCHOR: Sí.  
 JERÓNIMO: ¿Hay locura como aquesta?  
 MELCHOR: Pues ¿podréislo vos negar,  
 si en esta ventana mesma  
 acaba de hablarme agora?

ALONSO: No excusaréis con quimeras  
 el agravio que a mi honor  
 habéis hecho.

VENTURA: Espadas quedas,  
 que mi amo dice verdad,  
 a pagar de mi honra; y sepan  
 que no ha una hora que le dio

de esposa la mano tierna  
la condesa del bolsillo,  
y yo serví de banqueta  
porque mejor se alcanzasen  
estas bodas zapateras.

ALONSO: ¡Cielos! ¿Condesa en mi casa?

*Sale doña ÁNGELA*

ÁNGELA: Sí, señores, yo soy esa,  
que con el favor de un manto,  
antiyer fingí encubierta  
lo que no soy, agradada  
del término y gentileza  
de don Melchor. Esta noche  
le he dado por estas rejas  
mano de esposa.

SEBASTIÁN: ¿Qué dices?

ÁNGELA: Que no es razón que obedezca,  
si es libre mi voluntad,  
las bodas que tú conciertas.

MELCHOR: ¡Ay señora de mis ojos!  
No en balde el alma discreta,  
sin veros, hizo elección  
de tan celestial presencia.  
Vos sois mi querida esposa.

SEBASTIÁN: Primero que tal consienta...

*Sale doña MAGDALENA, QUIÑONES, y  
SANTILLANA*

MAGDALENA: Doña Ángela os ha engañado,  
por más que usurpame quiera  
el derecho de mi amor  
porque yo soy la condesa,  
si en el título fingida  
en la sustancia de veras,  
a quien don Melchor adora,  
y vos quien hoy encubierta  
pretendisteis engañarle,  
hurtándome el nombre y señas  
y para confirmación  
de esto, los testigos sean  
estas trenzas y bolsillo,  
aqueste escudero y dueña.

SANTILLANA: Ésta es la pura verdad  
sin jota de agua. Estafeta  
he sido de estos despachos.

QUIÑONES: Doña Ángela, en vano intentas  
lo que los cielos estorban.

MAGDALENA: Y para última certeza,  
esta mano os desengañe,  
pues fue, idolatrando en ella,  
principio de vuestro amor.

MELCHOR: Conózcola, y con vergüenza  
en ella sello mis labios.

VENTURA: Acabemos pues, y tengan



ALONSO: fin alegre estos desvelos.  
Don Sebastián, pues lo ordena  
el cielo así, ¿qué remedio?

SEBASTIÁN: Tener envidia y paciencia...

LUIS: Ya que yo no merecí  
ser su esposo, pues se emplea  
en mi ptimo, consolado  
con vos, mis amores cesan.

SEBASTIÁN: Don Jerónimo ha de ser,  
Ángela, tu esposo.

ÁNGELA: Sea,  
pues no puede don Melchor.

SANTILLANA: Y Santillana se queda  
por escudero de casa.

VENTURA: Quiñones, tus tocas vengan  
a ser manteles de boda  
pondráte mi amor la mesa.

MELCHOR: Daréos los dos mil escudos,  
si os casáis.

QUIÑONES: ¡Enhorabuen!

VENTURA: Sacaréte de pecado  
cuando te saque de dueña.

MAGDALENA: Ya, señores, no seré  
la celosa de mí mesma.

MELCHOR: Ni Tirso estará quejoso,  
si os agrada esta comedia

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-PR

## FIN DE LA COMEDIA

Texto electrónico por Vern G. Williamsen y J T Abraham  
Formateo adicional por Matthew D. Stroud

[Volver a la lista de textos](#)



[Association for Hispanic Classical Theater, Inc.](#)

Actualización más reciente: 22 Jun 2002